

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

ALGUIEN LLAMADO "X" Curtis Garland



Quizá no tuvimos demasiada imaginación al hacerlo. Pero le bautizamos así.

Creo que, desde un principio, coincidimos todos en darle ese nombre, quizá porque él mismo nos dio la pauta con sus propios métodos. Con aquella especie de... de «firma» que subrayaba sus horribles crímenes.

Lo cierto es que todos, prensa, opinión pública y policía, coincidimos en el nombre aplicado al misterioso asesino.

Le llamamos «X».

Simplemente «X».



Curtis Garland

Alguien llamado «X»

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1405

ePub r1.0

Lds 07.11.18

Título original: *Alguien llamado «X»*

Curtis Garland, 1977

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



A numerosos lectores y amigos que me han escrito, pidiendo un relato «negro», al estilo de los tiempos en que la novela-problema y el thriller empezaban a caminar juntos. En la imposibilidad de dedicarles este Relato a todos y a cada uno por separado, vaya en estas líneas la gratitud y afecto del autor, confiando haber sabido interpretar sus deseos fielmente.

C. G.

CAPÍTULO PRIMERO

Quizá no tuvimos demasiada imaginación al hacerlo. Pero le bautizamos así.

Creo que, desde un principio, coincidimos todos en darle ese nombre, quizá porque él mismo nos dio la pauta con sus propios métodos. Con aquella especie de... de «firma» que subrayaba sus horribles crímenes.

Lo cierto es que todos, prensa, opinión pública y policía, coincidimos en el nombre aplicado al misterioso asesino.

Le llamamos «X».

Simplemente «X».

No era nada nuevo, ciertamente. Ni original. No habíamos inventado nada. A veces, incluso nos resultaba tópico, irritante. Como si nos hubiéramos empeñado en caer en lo rutinario de un modo exasperante.

Pero aun así, seguimos llamándole «X». No hubiéramos sabido definir de otro modo a nuestro enigmático personaje.

La letra equis, a veces era presentada en los periódicos sensacionalistas o de sucesos con una simple aspa gigantesca, en color rojo, que representaba de un modo gráfico el simbolismo del criminal.

La incógnita de cualquier ecuación algebraica, que significaba misterio, factor desconocido. Y el color rojo. El color de la sangre.

Sangre...

Si. Era mucha la sangre que empezaba a correr en todo aquello. El adversario de la policía, el ser temido por la opinión pública, el personaje mimado por los periodistas, ya que era fuente de constantes noticias, aunque todas ellas desagradables, estaba bañado en esa sangre que él había derramado de modo casi feroz.

La policía estaba furiosa. La gente, aterrada. Nosotros, los periodistas, encantados.

Encantados, si. Es abominable. Despreciable, incluso. Pero así somos los periodistas. Tal vez constituimos una fauna extraña. Dependemos de la venta de nuestros rotativos. El público es nuestro soberano. Y el público tiene también su parte de culpa. Es morbosos. Se complace en que le echen carnaza. Como a una fiera. Alguien, no sé quién, dijo que la masa, el pueblo, es simplemente eso: una fiera insaciable. Tal vez exageraba. Quizá era un cínico o un feroz individualista, no sé. Pero en él fondo, no le faltaba razón. Como tampoco le faltó razón a uno de los más importantes creadores de la Prensa sensacionalista de nuestros tiempos, el Randolph Hearst que Orson Welles satirizó en su *Ciudadano Kane*. Hearst dijo hace muchos años que «un periodista no debe tener sentimientos, sino sacar a la noticia todo el jugo posible, cueste lo que cueste y caiga quien caiga». Bueno, lo dijo en parecidas palabras que no recuerdo exactamente, pero su sentido y su espíritu eran poco más o menos así.

Tenemos que dar al público lo que nos pide. Pero nosotros, además, nos regodeamos en ello. Es una carrera por informar antes, y con los mayores y más espeluznantes detalles posibles. Nos zancadilleamos mutuamente por ganar esa carrera y llegar a la línea de meta triunfadores. No nos detiene ningún detalle abyecto. Es más, los realzamos en primera plana, a ser posible con los mayores titulares de que dispone nuestra imprenta.

«X», por sí solo, era un manantial de noticias para todos nosotros. Nos daba la primera plana virtualmente servida. Hecha. Siempre había algo que decir de él. Y de su obra, claro. Sobre todo, de su obra. Porque de él...

De él, los titulares eran siempre, más o menos, iguales entre sí. O muy parecidos. Tanto, que siempre parecían el mismo:

«¿QUIEN ES “X”?»

«¿CUANDO CAPTURARA LA POLICIA AL MISTERIOSO ASESINO?»

«NUEVA VICTIMA DE “X”, EL MONSTRUO»

«“X” GOLPEA DE NUEVO. UNA MUJER ASESINADA»

«¿QUE PERSONAJE SE ESCONDE TRAS LA FIRMA DE LA “X” SANGRIENTA?»

Y así hasta el infinito. Pero un infinito muy limitado. Muy poco imaginativo. A veces, incluso nos sentíamos hipócritas. Así, el reportero que deseaba que «X» fuese capturado, desenmascarado.

En el fondo, y aunque sea para vergüenza nuestra, pocos periodistas deseábamos su descubrimiento y captura. Quizá ninguno. ¿Quién podría suplir tan apasionantes informaciones y titulares, cuando eso sucediera? ¿A cuántos ejemplares se reducirían las actuales tiradas de nuestros periódicos, cuando «X» fuese sólo un recuerdo en la actualidad nacional?

No. No queríamos que «X» dejara de ser lo que era: un misterio, un sangriento enigma. Era un egoísmo horrible, inhumano. Personalmente, me causaba escalofríos admitir que yo pudiera pensar una cosa semejante. Sobre todo, cuando alguna infortunada muchacha, alguna mujer, víctima del criminal, pasaba ante mí, camino de la Morgue, desangrada bajo una sábana, con una terrible huella sobre su cuerpo: la firma de «X»...

Entonces sí sentía una más humana sensación de odio, de náusea hacia el asesino, hacia su obra demencial de muerte y destrucción. Entonces deseaba fervorosamente que su carrera criminal terminase para siempre, aun a costa del sacrificio de nuestros intereses profesionales y económicos.

Luego, de nuevo la vorágine de la profesión, la carrera contra reloj de la búsqueda de detalles macabros o morbosos, la competencia feroz con otros reporteros rivales, tan deshumanizados y brutales como nosotros mismos. Como yo, que al fin de cuentas formaba parte del juego y no renunciaba a él.

De este modo, todo siguió igual en la ciudad. Y llegamos a una nueva víctima, a un nuevo crimen.

Era otra mujer, naturalmente. Con la firma sangrienta de «X» en su cuerpo.

Tras su quinto asesinato.

El quinto asesinato de «X».

No había dejado de llover en toda la noche.

Pero cuando llegué al escenario del crimen, la lluvia había cesado hacía poco rato, el asfalto de la ciudad aparecía negro y charolado, y los charcos de agua brillaban como espejos sombríos en los que se hundían los pies, chapoteando.

Algunas hojas de periódico flotaban en torno. Las miré, distraído, advirtiéndome que pertenecían al periódico rival, el *Sun*. Con un negro sentido del humor, me dije que era mejor ver hojas del diario rival en torno a un cadáver, que de mi propio periódico.

El teniente Tracy, de Homicidios, estaba erguido ante el lugar donde yacía el cuerpo. Los expertos buscaban huellas o indicios alrededor, y por sus gestos comprendí que sin demasiado éxito.

La mujer estaba semidesnuda. Le habían desgarrado la blusa, dejando al desnudo unos pechos muy respetables y bien formados. Lástima que aquella «x» sangrienta, aquellos dos tajos en aspa, sobre el seno, les quitaban todo posible atractivo. El asesino había dado dos profundos cortes en el torso de la mujer rubia, y la sangre lo empapaba todo. Me sorprendió la limpieza de esos cortes, como me había sorprendido siempre, en los cuatro crímenes anteriores.

—El doctor no cree que fuese violada —dijo sordamente el teniente Tracy, aunque nadie le preguntó nada—. Claro que hasta más tarde no habrá seguridad completa, pero está convencido de ello.

—Tampoco hubo violación en las anteriores —señalé, pensativo.

—Cierto —convino el oficial de Homicidios. Me miró como si yo fuese un gusano recién aparecido de cualquier alcantarilla cercana—. ¿De dónde sale, Milland?

—De la cama —rezongué—. ¿De dónde puede salir un hombre a las cinco de la mañana, cuando el trabajo en la redacción del *Morning* ha terminado a las tres?

—¿Quién le avisó de esto?

—Un pajarito —sonreí—. Los periodistas tenemos bandadas de pajaritos para cosas así, teniente.

—Muy gracioso. —Refunfuñó, bostezando luego—. Supongo que harán una edición especial con esto...

—Supone bien —asentí—. ¿Qué haría usted en nuestro lugar? La gente compra los periódicos para devorar noticias como ésta. Es el negocio.

—Supongo que volverán con esa cantinela de que en la policía somos todos unos ineptos que no logramos descubrir a... a «JD».

—¿Es que lo han descubierto ya? —pregunté con aire ingenuo.

—¡Váyase al diablo! —refunfuñó de mala gana, alejándose de mí.

Charló con sus expertos, mientras yo daba vueltas al cadáver. Tras de mí sonó una voz conocida:

—Jeff, ¿es cierto que ha ocurrido otra vez?

Me volví. Lizza siempre llegaba a tiempo a estas cosas. Era un encanto de criatura, con su cámara a cuestas y su fino olfato periodístico. Le mostré el cadáver.

—¿Tú qué crees? —pregunté a mi vez.

Ella no respondió. Miró el cuerpo de la rubia y espléndida mujer asesinada. Tuvo un leve estremecimiento, pero nada más. Estaba habituada a enfrentarse con cosas así. Como todos nosotros.

—Es horrible —dijo, aun así—. Pobre mujer... La quinta ya.

Asentí. Todos sabíamos que era la quinta. Nueva York entero llevaba la cuenta. Una siniestra y larga cuenta, evidentemente.

Hizo sus fotografías, tras contar con la autorización del teniente Tracy. Los fogonazos del *flash* iluminaron lívidamente el cadáver ensangrentado que yacía en aquel callejón de Manhattan, entre cubos de basura y muros de ladrillo. No lejos de allí, pasaba el elevado, haciendo trepidar los edificios.

—¿Se sabe quién es? —indagó Lizabeth Waine, nuestra bella fotógrafo, más conocida entre nosotros por el simple nombre de Lizza.

—Aún no lo sé —dije, apartándome del cuerpo, mientras un agente de policía lo cubría con una tela impermeabilizada, a la espera de la ambulancia—. Espero que su nombre no empiece también por D.

Lizza me miró, pensativa.

—Quizá en los cuatro casos anteriores fue simple casualidad... —apuntó.

—Quizá. Pero resulta difícil admitir que en cuatro ocasiones la mujer asesinada tuviera un nombre que empezase con D. Dáisy, Dinah, Debora, Dixie. De todos modos, si en esta ocasión se repitiera el hecho, ya no podría hablarse de casualidad. Aunque, personalmente, creo que no es casual.

—¿Algún motivo para matar a chicas cuyo nombre empiece con D, Jeff?

—El mismo, quizá, que para trazar esa equis sangrienta en su cuerpo —me encogí de hombros—. Todo es tan oscuro...

—Tiene que tratarse de un loco —apuntó ella—. Un psicópata asesino, sin duda.

—Aunque así sea, ¿por qué lo hace? Hasta los locos tienen un motivo, por delirante que sea. En fin, ya veremos...

En aquel momento, un automóvil se detuvo allí cerca, haciendo chirriar sus neumáticos sobre el asfalto mojado, al detenerse bruscamente. Un hombre saltó de él con viveza, se identificó ante un agente, y se aproximó a nosotros con paso elástico. Lizza y yo le miramos con una vaga sonrisa.

—Ya está la redacción en pleno —rió ella nuevamente—. Bien venido al lugar del crimen, Roger.

Roger Cameron, nuestro redactor jefe, sacudió la cabeza, con un leve gruñido. Era, sin duda, el redactor jefe más joven de todo Nueva York. Un lince como periodista. Y un buen amigo. El mejor.

Avanzó su alta y atlética figura hasta primera línea, enfrascándose en la contemplación del cadáver. Alzó la tela impermeable. Le oímos soltar una imprecación de asombro. El teniente Tracy le miró, perplejo, girando la cabeza vivamente. Yo miré a Lizza y ella a mí. Todos nos acercamos a Cameron.

—¿Ocurre algo, señor Cameron? —preguntó el teniente de policía, escudriñando a nuestro jefe, colega y amigo.

Los ojos grises y duros de Roger, se fijaron en el policía, después de estudiar el cuerpo de la rubia joven asesinada. Noté que también nos miraba a nosotros de soslayo.

—¿No identificaron aún a la difunta? —indagó él a su vez.

—No, aún no. ¿Y usted? —quiso saber Tracy, ceñudo.

—Me temo que sí —confesó roncamente—. Si, la conozco...

—Diablo... —El oficial de Homicidios se acercó a él—. ¿Quién es?

Todos estábamos pendientes de su respuesta, como si de ella dependieran nuestras propias vidas. El gesto de Cameron era tenso, y noté que estaba ligeramente pálido y preocupado.

—Es... es la señora Payne —dijo bruscamente.

Sentí que se enfriaba la sangre en mis venas, produciéndome un

escalofrío. Lizza soltó una exclamación de asombro a mi lado. El teniente Tracy parpadeó.

—¿La señora Payne? —Insistió el policía—. ¿La esposa de Allyson Payne?

—Exacto —afirmó Roger Cameron roncamente, sacudiendo la cabeza—. No lo entiendo, pero... es así. La señora Payne, la esposa de Allyson Payne, el propietario de nuestro periódico, el *Morning*...

—Por todos los diablos... —murmuró Tracy, inquieto—. Pero si Allyson Payne tiene..., tiene más de sesenta años...

—Sesenta y tres —dije yo, como un eco.

Tracy me miró, pensativo. Señaló el cadáver.

—¿Y ella? —dijo—. Era muy joven...

—Creo que no había cumplido treinta —asintió Roger, sombrío—. Un matrimonio desigual, teniente. Hay muchos así, sobre todo cuando el marido tiene tanto dinero como Allyson Payne... y la esposa tantos encantos como tenía Dianna Payne.

—¡Dianna! —Casi grité el nombre—. La quinta letra D...

Y me quedé mirando a los demás, tan fijamente, con tanta sorpresa y sobresalto como ellos me miraban a mí.

CAPÍTULO II

La ambulancia se alejó en la madrugada, haciendo sonar su sirena y girando la luz de emergencia. Del cuerpo de Dianna Payne, sólo quedaba en el suelo una silueta trazada con tiza. Y las manchas oscuras de sangre, sobre el asfalto mojado.

Me subí el cuello del impermeable. Hacía trío a aquellas horas. Un frío húmedo, con un aire desapacible que venía del río. Lizza se disponía a partir, para revelar sus fotografías. Roger Cameron se acercó a mí.

—Vamos a la redacción —indicó—. Haremos una edición especial. Pero antes, quiero hablar con el señor Payne. Este asunto es muy delicado, Jeff.

Asentí. Publicar sucesos, era una cosa. Hablar de la muerte violenta de la esposa de nuestro editor, otra muy distinta.

—Pero él tiene que saber que su esposa no estaba en casa a estas horas de la madrugada, por la razón que fuese —apunté.

—Es una de las cosas que tenemos que aclarar, antes de escribir la información. Avisaré a talleres para que retengan la primera página de la edición especial. Luego, redactaremos algo a toda prisa, ¿eh, Jeff?

—Claro —asentí—. Estoy a tu disposición, como siempre.

—Buen chico —me sonrió, palmeando mi brazo—. ¿Te llevo a alguna parte?

—Sí, gracias. Yo tomé un taxi. Estaba tan dormido, que no tenía ni ganas de conducir.

Nos alejamos del lugar del suceso. Roger abrió la portezuela del coche. En aquel preciso instante, otro automóvil, un «Chevrolet» verde, se detuvo espectacularmente tras de nosotros. Saltó de él alguien que se aproximó con larga zancada hacia nosotros.

—Buenas noches —dijo—. ¿O debo decir buenos días? ¿Es cierto que la mujer del patrón es la quinta víctima de «X»?

Nos volvimos de mala gana. Era la última persona a quien hubiéramos deseado ver Roger y yo. Una especie de lagarto vestido con elegancia y capaz de sonreír como sonreirían las cobras, si esos reptiles tuvieran tal costumbre.

—Las noticias vuelan, ¿eh, Lester? —dije desabridamente, volviéndome al recién llegado.

—Hay cosas que no pueden ocultarse —rió Shelby Lester, redactor de sucesos de nuestro mayor rival, el *Sun*—. Mis informadores son eficientes.

—Pero tardíos —replicó Cameron, incisivo—. Llegas un poco tarde.

—Veré el cadáver luego, en la Morgue —se encogió de hombros aquella especie de viscosa criatura llamada Lester, poniendo en su rostro rubio de Adonis una sonrisa digna de Robert Redford o de Steve McQueen. Los ojos azules y fríos nos estudiaron cínicamente—. A los del *Sun* nos gusta tratar las noticias seriamente, no con sensacionalismos baratos.

—Lástima —gruñí—. Perdiste una buena ocasión de ver páginas de tu periódico flotando en torno al cuerpo. El asesino debió tapar a medias el cadáver con las hojas del *Sun*. De no existir los cortes de arma blanca en el cuerpo, yo diría que pudo morir envenenada, con el tufo de vuestro periódico.

—Muy ingenioso —encajó las mandíbulas con ira—. Es posible que la único que ha demostrado esta vez nuestro misterioso «X», como le llamáis los periodistas baratos, es un cierto buen gusto. Lee el *Sun*... y elimina a un miembro de los Payne. ¿Puede pedirse algo mejor?

Roger Cameron le replicó incisivamente:

—Haz las bromas que quieras, Lester, pero no ofendas a los muertos o te borraré esa asquerosa sonrisa de un puñetazo.

—Vaya, si el amigo Cameron pierde los estribos y todo —rió sordamente Lester—. ¿Qué te pasa, muchacho? ¿Acaso estimabas tanto a Dianna Payne? Claro que aseguran que le gustaban mucho los jovencitos guapos, pero si tienes que subir así en el periódico, yo...

Roger era impulsivo. Muy impulsivo. Supe enseguida lo que iba

a hacer. Le detuve justo a tiempo. De no interponerme, realmente hubiera dejado sin sonrisa y sin dientes a Shelby Lester.

—No, Roger, espera —le frené con energía, sujetando sus puños—. Eso le gustaría a Lester, para ponernos verdes en su papelucho impreso. Es mejor dejarle. Pero yo me preguntaría, si no fuese casi difamatorio para ti, Lester, si tienes algo que ver con «X». Porque si se trata de un enfermo mental capaz de matar a las mujeres que le desprecian, ese retrato encajaría perfectamente en un cerdo como tú.

—Repíte eso, y te denunciaré por calumnias —silabeó Lester, encarándose conmigo.

—Vamos, Roger —dije a Cameron, tirando de él a duras penas por el brazo—. Empiezo a notar que el aire se contamina aquí demasiado, desde que llegó este tipo. No quiero morir intoxicado.

Nos alejamos, sin que Lester dijera nada, quizá por miedo a que no fuese capaz de sujetar por más tiempo a mi amigo. Cameron condujo su coche con rabia contenida. Sus mandíbulas estaban encajadas.

—Algún día le borraré ese gesto odioso —dijo sordamente—. Es una alimaña repugnante.

—De acuerdo —asentí—. Pero pelearse con él a golpes, no te haría ningún bien. El usaría su diario para soltar todo el veneno que lleva acumulado, y quizá a nuestro periódico no le hiciera ningún bien. Es mejor dominarse, Roger.

—Tú eres más sereno que yo, Jeff —respiró hondo Cameron—. Tal vez tengas razón, pero no es fácil controlarse con tipos como Lester, tú lo sabes.

—Claro que lo sé. Es un resentido. Nunca olvida que el *Morning* le echó por un sucio asunto en el que se dejó sobornar. Ni perdona que tú, que estabas con menos posibilidades que él de ascender, ahora seas redactor jefe del *Morning*, mientras él trabaja para Ralph Harían y su cadena editora, como simple redactor de sucesos del *Sun*.

—Ralph Harían... —repitió entre dientes Roger—. Deberá sentirse muy feliz el viejo halcón, cuando sepa que la joven esposa de su rival ha sido víctima del asesino loco...

—Nadie puede alegrarse de la muerte de otro ser humano, por enemistad que exista.

—Harían, sí. Es tan sucio y cruel como sus redactores, como el propio Lester. Tiene tanta maldad como dinero. ¿Sabías que él pretendió casarse con Dianna Payne antes de hacerlo nuestro editor?

—Vaya, una historia pasional... —Comenté entre dientes—. ¿Crees que ellos la resucitarán en su periódico?

—Creo algo peor. Harán lo imposible por echar lodo sobre esa mujer asesinada, para que salpique a Payne, estoy seguro. Este crimen, de madrugada en un distrito poco recomendable de Manhattan, les dará tema para atacar ferozmente a Payne, no lo dudes.

—Sí, son capaces de ello —admití, pensativo—. ¿Podríamos hacer algo para evitarlo?

—Lo dudo —confesó Cameron—. Mientras no sepamos por qué estaba allí la señora Payne, ¿qué podemos hacer para defender su memoria? Lo lógico es que, a tales horas, hubiese estado con su esposo o en un lugar más respetable. Hasta ahora, las chicas asesinadas no han sido precisamente de una gran reputación: una camarera, una

call-girl

de lujo, una bailarina de *strip-tease* en Village, una ladrona fichada por la policía... Y ahora, nada menos que la señora Payne, la esposa de un magnate de la Prensa. ¿Cómo unes esa pieza al rompecabezas de «X»?

—No lo sé —confesé, sacudiendo la cabeza—. Es un verdadero lío, Roger. Esto va a suponer un regular escándalo para Payne... y para nuestro periódico.

—Es lo que supone Lester. Por eso sonreía tan feliz, tan agresivo. Y él procurará poner su granito de arena..., que puede ser incluso un gran peñasco.

—Esto demuestra algo, Roger —dije, tras unos momentos de silenciosa reflexión.

—¿Qué? —Me miró por el retrovisor, mientras doblaba una esquina, enfilando una amplia avenida desierta.

—El asesino no tiene una preferencia concreta por la condición social de sus víctimas. Sólo busca que sean mujeres, que sean rubias, atractivas... y que su nombre empiece por la letra D. Absurdo, ¿no?

—Nunca se sabe lo que se esconde en una mente enferma, Jeff. Y esto, no hay duda, es la obra de un psicópata o algo parecido. Son crímenes sin sentido, muertes caprichosas, pero siguiendo ese método que tú apuntas: color de cabello, inicial del nombre... y algo que te ha pasado desapercibido.

—¿Qué es? —me interesé.

—La lluvia.

—La... ¿qué? —me sorprendí, irguiéndome en el asiento.

—La lluvia —repitió Cameron—. ¿No lo has notado? Cada crimen ocurre en una noche de lluvia...

—Cielos, no me había dado cuenta —asentí despacio, reflexionando y recordando anteriores asesinatos—. Sí... Llovía en todas las ocasiones, tienes razón.

—Un loco que necesita lluvia para matar. Y una mujer rubia cuyo nombre empiece por D. —Cameron suspiró, moviendo la cabeza—. Absurdo, ¿no? Como toda obra de un demente.

—Pero ¿qué clase de demente? —apunté—. Existen muchas formas de estar loco...

—Pues ésta es peligrosa, sea cual sea, Jeff —me dijo Cameron—. Lo bastante peligrosa para que ninguna mujer de esas características se sienta tranquila en una noche de lluvia. Eso es lo que publicaremos esta mañana en. La edición extra. Tal vez eso sirva para poner en guardia a las posibles víctimas futuras.

—Y para aterrorizar a muchas otras también.

—Eso no importa mucho ahora. El terror existe, es evidente. Y será mayor aún, cuando la gente sepa hoy por la mañana lo sucedido en ese callejón...

La edición estaba ya en la calle.

Leí el titular que confeccionara Cameron para la primera plana:

**«TERROR EN MANHATTAN. LAS TRAGICAS NOCHES DE LLUVIA DE UN
ASESINO LOCO, QUE ATACA A LAS HERMOSAS RUBIAS CUYO NOI&BRE
EMPIEZA CON D»**

A estas horas, muchas miles de chicas de tales características, estarían temblando, y verían por la noche sombras amenazadoras por doquier. Pero, como decía Roger, tal vez era necesario esto, para poner en guardia a posibles víctimas. Si se lograba salvar una sola vida, bien estaría lo que se había hecho, pese a su carga de

psicosis de miedo que pudiera comportar. Las fotografías de Lizza eran terriblemente expresivas, pese a que procuramos evitar una exhibición morbosa de la terrible aspa sangrienta trazada en los senos de la señora Payne.

El propio Allyson Payne nos había autorizado de madrugada, telefónicamente, a que hiciéramos esta edición. Pero también nos había dicho algo más. Después de ir a la Morgue a identificar a su esposa, y al Departamento de Policía, a declarar ante el teniente Tracy, quería vernos aquel mediodía en su propio domicilio a Roger Cameron y a mí.

Me tomé el enésimo café con una tableta de vitaminas, para ahuyentar el sueño. No podía irme a dormir, a la espera de la visita al magnate de la Prensa para el que trabajábamos. Imaginaba que los motivos de la entrevista serían lo bastante serios como para estar entonces lo más despejado posible.

—No tome demasiados fármacos, Milland —me reprochó el viejo Lee Hawkins, nuestro redactor decano, pasando con sus pasos cansinos, por el pasillo de la redacción, camino de los archivos y hemeroteca del diario, que tenía a su cuidado—. Hoy en día, todos estamos saturados de esas porquerías, y es malo para la salud...

—No se preocupe, Hawkins —reí—. Sólo son vitaminas.

—Vitaminas... —refunfuñó—. En mis tiempos, se tomaban en los alimentos, no en tabletas. Y todos estábamos más sanos...

Se perdió, refunfuñando, camino de los archivos. Sonreí, sacudiendo la cabeza. Lee Hawkins era como una institución dentro del *Morning*. Era botones cuando se fundó el periódico. Y había pasado por todos los cargos de reportero, para terminar allí, en vez de jubilarse, oliendo tinta de imprenta. Creo que si no hubiera sido así, ya no viviría. El olor a papel impreso era parte de su vida, del aire que respiraba.

—¿Estorbo? —Lizza asomó en mi oficina, con su mejor sonrisa, pese a que sin duda había dormido tan pocas horas como yo. Su cabello color cobre estaba bien peinado, sus ojos verdes brillaban resplandecientes, y su boca de labios gordezuelos dibujaba una expresión risueña y amable, capaz de hacerle sentir a uno mucho mejor inmediatamente.

—No, Lizza. Puedes entrar —la invité—. ¿Has visto el *Morning*? Un excelente reportaje gráfico, preciosa. Te felicito.

—Gracias —ella me echó encima de la mesa un diario doblado—. ¿Has visto tú el *Sun*? Creo que vale la pena...

Desplegué el diario rival sobre mi mesa. Inmediatamente me sacudió una profunda sensación de ira y repugnancia ante aquel abominable titular de primera plana:

**«LA ESPOSA DE UN MAGNATE DE LA PRENSA, ASESINADA EN UN DISTRITO
POCO RECOMENDABLE DE LA CIUDAD»**

**«¿EL CRIMEN DE UN LOCO... O EL DE UN AMANTE APASIONADO?
¿EXISTE REALMENTE ALGUIEN LLAMADO "X"?»**

—Lástima... —murmuré, estrujando el diario, tras ver la firma de Shelby Lester al final del reportaje—. Debí dejar que Cameron hiciera anoche lo que quería hacer...

—¿Decías algo? —se interesó Lizza, inclinándose hacia mí.

—No, nada —corté secamente. Tiré el *Sun*, al cesto de los papeles—. No debiste traerlo. Puede cortarme la digestión del desayuno, Lizza.

—Creí que debías verlo. —Lizza se sentó frente a mí, enarcando sus bien dibujadas cejas—. ¿Es cierto que la señora Payne puede desatar el escándalo con su muerte?

—Ya está desatado —mascullé—. No sé lo que su marido habrá relatado a la policía, pero resulta difícil de justificar su presencia en aquel lugar, mientras Allyson Payne dormía tranquilamente en su residencia de la Quinta Avenida, Lizza.

—He hablado con algunas personas de todo eso —la pelirroja cabecita de nuestra fotografía se movió de un lado a otro—. La señora Payne no tenía buena reputación.

—Me lo temía.

—Era demasiado joven para él. Sólo veintinueve años, cumplidos el pasado mes de junio. Y él tiene sesenta y tres cumplidos. Ella fue actriz, bailarina y no sé cuántas cosas más. Se dice que no se transformó demasiado con el matrimonio de conveniencia con el viejo y rico Allyson Payne. Seguía teniendo... líos.

—¿Qué clase de líos? —me interesé.

—Ya puedes suponerlo. Chicos jóvenes. Hacía deporte y le gustaba ir a bailar y cosas así. Pretextos para llevar siempre un

acompañante de edad adecuada. E incluso más jóvenes que ella, si eran guapos y atléticos.

—Si el *Sun* descubre todo eso, va a utilizarlo contra Payne despiadadamente.

—Lo descubrirá. No es ningún secreto, Jeff. Lo sabe todo Nueva York.

—Hermosas noticias, Lizza. ¿No tenías nada mejor que contarme?

—Primero, las malas noticias —sonrió ella dulcemente.

—¿Es que hay alguna buena? —dudé, mirándola con sarcasmo.

—Una, al menos —asintió—. Creo que puede ser buena para ti, si te interesa este caso, Jeff.

—Me interesa. Sobre todo, para ayudar un poco al patrón. Lo va a necesitar.

—Verás, Jeff... Hay alguien que puede hablarte de una persona que podría ser «X».

—¿Qué? —La miré con auténtico asombro—. ¿Estás segura de eso?

—Sí.

—¿Quién es esa persona, Lizza?

—Un médico. Un psiquiatra, naturalmente. El me telefoneó, apenas leyó esta mañana el *Morning*. Bueno, llamó el director, pero no estaba. Yo estaba allí, y tomé el teléfono. Me contó que él sabía sobre una persona que, quizá, era ese misterioso «X» que todo el mundo busca.

—¿Y por qué no ha llamado a la policía?

—Porque no está seguro de que, realmente, su información sea decisiva, y quiere cambiar impresiones con un periodista consciente.

—Dime su nombre. Iré a verle.

—Se llama...

En ese momento, apareció Roger Cameron en la puerta. Venía excitado, poniéndose su impermeable por el camino.

—Vamos, Jeff —me apremió—. El patrón ha adelantado la hora de la entrevista. Quiere vernos ahora mismo, sin perder un minuto. Nos espera en su residencia de la Quinta Avenida.

Salí disparado, sin que Lizza me hubiera llegado a dar siquiera el nombre del psiquiatra. Pero, naturalmente, no pude olvidar el

asunto durante todo el camino hasta la suntuosa residencia de Allyson Payne, el magnate de la Prensa neoyorquina, cuya esposa acababa de ser brutalmente asesinada en un callejón del East Side.

CAPÍTULO III

Era como una roca viviente.

Rostro de nariz aguileña, ojos estrechos, oscuros y fríos, frente amplia, cabello levemente canoso, boca apretada, mentón enérgico, piel pálida y tersa y un impecable traje gris, de hechura algo pasada de moda, pero muy bien cortado.

Aquél era Allyson Payne, el prohombre de las grandes industrias periodísticas. Y el adversario número uno del otro coloso de la Prensa, Ralph Harían.

Todo lo que le rodeaba era grandioso: el mobiliario, la amplitud del despacho, las altas estanterías murales, repletas de volúmenes, los tapices, los cortinajes. Y afuera, el resto de la finca, con amplio jardín, altos árboles y casi tan altas cercas de ladrillo. Una mansión de otra época. Una especie de castillo erguido en medio de la Quinta Avenida, como piedra anclada en el tiempo.

Nada en Payne hacía notar las emociones que pudieran provocarle los últimos sucesos. Era como si nada hubiese sucedido. Como si su esposa no hubiera sido asesinada justamente la noche antes, en el lado opuesto de Manhattan.

Nos contempló en silencio. Caminó lentamente hasta un mueble-bar.

—¿Algo en especial? —Preguntó—. ¿*Whisky*, *brandy*, oporto...?

—Mejor oporto —dijo Cameron.

—Sí, yo también —acepté—. Dicen que es un buen aperitivo.

Nos sirvió dos copas. Tomé un sorbo, sin desviar mis ojos del magnate. El nos estudiaba como si fuéramos dos elementos de laboratorio. Me pregunté cuál era el experimento que nos aguardaba en sus manos.

Él se había servido un *whisky*. Lo tomó de un trago y dejó el vaso

vacío en un estante inmediato al apagado hogar. No hacía falta fuego. La calefacción allí era lo bastante fuerte.

—Quiero que encuentren al asesino de mi mujer.

Fue lo primero que dijo. Escuetamente eso. No era una petición ni una solicitud. Era una orden. Fría y tajante. No admitía réplicas.

Roger Cameron y yo cambiamos una mirada de perplejidad. Fue él, como redactor jefe de nuestro periódico, quien contestó a Payne:

—No somos policías, señor Payne. Ni siquiera detectives privados. Sólo somos periodistas...

—Lo sé —paseó, sin mirarnos siquiera—. Roger Cameron, redactor jefe del *Morning*. Jeffrey Milland, reportero de sucesos del *Morning*. Les conozco muy bien. Sé lo que son. Y sé lo que puedo esperar de ustedes. Por eso insisto: quiero a «X». Sea quien sea.

Cameron apuró su oporto. Yo encendí un cigarrillo de lujo del estuche que Payne había puesto cerca de nosotros. Ante su silencio, opté por hablar:

—Nadie sabe quién es ni dónde buscarlo. Ni siquiera la policía. ¿Qué podemos hacer nosotros?

—Lo que ellos no hicieron. Entréguenme al asesino. O pónganlo en manos de la ley. Quiero justicia. El que mató a mi esposa debe pagar.

—¿Cómo conseguir tal cosa? —insistí.

—Es cosa suya. No se preocupen de los gastos. Tienen carta blanca. Pidan dinero y gástenlo. Lleguen adonde sea preciso. Si lo consiguen, usted será director de mi periódico, Cameron. Y usted redactor jefe, Milland.

—¿Y si no conseguimos nada? —apuntó Roger.

—Nadie les pedirá cuentas. Todo seguirá igual —nos estudió fríamente—. Pero quiero resultados. Los que sean. Tendrán detrás de ustedes todo mi respaldo. Social, político y económico.

—Eso, casi suena a venganza, señor Payne —aventuré con audacia.

—¿Venganza? Sí, posiblemente —admitió él con sequedad—. Pero yo no deseo matar con mis manos a ese hombre. Sólo quiero que pague.

—Puede que sea un loco —opinó Cameron—. Existen muchas posibilidades de ello. Los locos no son ajusticiados ni enviados a prisión. Sólo a un sanatorio mental.

—Eso, que lo decidan los jueces. Yo quiero resultados. La captura de un culpable. Nada más. Ya conocen el precio: un ascenso importante en su vida profesional. Y un sueldo notable, por supuesto. Respondan. Les daré un cheque por valor de cinco mil dólares. Sólo para gastos. Si necesitan más, habrá más.

Payne no se andaba con rodeos. Iba al grano, evidentemente.

—Podemos intentarlo —admití—. Pero no hay garantías de nada.

—Claro que no. Sé que no será un asunto fácil. Pero confío en ustedes. Quiero ese triunfo para mi periódico. Aplasten al *Sun*. Y a Harían. Y a ese sucio Lester...

—No hay cosa que podamos hacer más gustosamente, señor Payne —asintió Cameron, entusiasmado—. Por mi parte, acepto. Con todas sus consecuencias.

—Yo también —aprobé.

—Muy bien, caballeros —nos estudió, pensativo—. ¿Alguna pregunta?

—Muchas, señor Payne —asentí—. Empezando por algo que no va a gustarle.

—Entiendo lo que quieren saber. Adelante. No hay evasivas en mí. Responderé a todo.

—¿Qué hacía su esposa en el East Side?

—No lo sé. Pero puedo imaginarlo.

—¿Sí? —Enarqué las cejas.

Cameron me miraba, pensativo.

—Sí. Era ninfómana. Buscaba hombres. Jóvenes, se entiende. Y fáciles.

Me quedé sin aliento. Una cosa, era preguntar algo. Otra, encontrarse con ciertas respuestas. La gente no acostumbra a ser tan franca. Payne era de una crudeza escalofriante. Desde luego, no se andaba con rodeos.

—Bueno... —Me toqué el mentón, sin saber por dónde salir—. ¿Y usted estaba...?

—En casa. Aquí. Dormía. Hace meses que no compartíamos la misma cama. Ni siquiera la misma habitación. No podía saber cuándo se ausentaba la noche entera de casa. Mejor aún: no quería saberlo, señores.

—¿Lo hacía con frecuencia? —preguntó Cameron, vacilante.

—¿Irse de casa por las noches? —Sonrió amargamente, e inclinó la cabeza—. Con demasiada frecuencia. Siento que terminara así por culpa de su..., de su tara psíquica y sexual. Pobre Dianna...

—¿La amaba usted?

—Con locura —le tembló la voz, pero fue solo un momento—. Yo... la perdonaba. Hubiera dado algo por ignorarlo. La quería demasiado para culparla de nada.

—¿No tenía... amantes fijos? —apunté.

—Que yo sepa, uno solo —me miró fijamente, como quien habla de un paquete de cigarrillos.

—Ya. ¿Sabe quién...?

—Barry Valentine —asintió él roncamente.

—Barry Valentine... —repitió mi amigo—. Me suena ese nombre...

—Es un artista. Un poeta «maldito». Escribe horribles poemas morbosos. Una especie de Baudelaire... a la moda de hoy.

—Entiendo. Un poeta del Mal... —suspiré—. Joven, claro.

—Muy joven —afirmó él—. Veinticuatro años. Guapo y fuerte. El tipo de hombres que gustaban a Dianna.

Pensé que, posiblemente, era el tipo de hombre que gustaba a todas. Pero la cosa no estaba para bromas. Era mejor callarse. Y me callé.

—¿Es posible que ese nuevo Baudelaire estuviese con j ella anoche? —las preguntas eran cada vez más difíciles, pese a las facilidades que daba Allyson Payne.

—Pudiera ser —el magnate de la Prensa se encogió de hombros—. Pero no lo creo. El no acostumbra a ir la East Side. Vive y frecuentados lugares del Village.

—¿Greenwich Village?

—Sí. Ya no hay tanto bohemio como antes en ese lugar, sino más bien maleantes y gentuza de nuestro I maldito tiempo. Pero el tal Valentine sigue deambulando por allí, escribiendo sus horripilantes versos en las mesas o en los mostradores de los tugurios donde se embriaga de alcohol o de estupefacientes.

—Un tipo recomendable —suspiré.

—Así le gustaban a Dianna en sus correrías nocturnas —musitó Payne—. Lo más bajo y lo más abyecto. Pero que fueran machos para su hambre de deseos...

No supimos qué más preguntar. Cameron y yo nos miramos casi angustiosamente, como los náufragos pidiéndose mutua ayuda.

—Supongo..., supongo que no tiene... más que informarnos sobre su esposa —apunté, deseando que aquello terminara cuanto antes.

—Que yo sepa, no. Imagino que debía salir de... de algún sitio inconfesable, de una de sus aventuras nocturnas con un desconocido joven... cuando ese maldito loco la sorprendió en el callejón, asesinandola. Algo brutal y terrible. Deseo que se haga justicia.

—Sí, lo intentaremos —afirmó Cameron—. Milland y yo comenzaremos inmediatamente la tarea, no se preocupe. No sabemos por dónde empezar, pero...

—¿Su esposa era natural de Nueva York, residía aquí antes de ser su esposa? —pregunté de repente a Payne, sin saber por qué exactamente.

—No —negó él—. Ella..., ella nació en California. Trabajó mucho tiempo en Los Ángeles y San Francisco... De allí vino a Nueva York, cuando yo la conocí en un viaje a San Francisco, y la traje conmigo... Luego nos casamos... El resto, ya lo saben ustedes.

—San Francisco —dije, pensativo—. Allí tengo a mi hermano Waldo. Le pediré informes sobre ella. Creo que le será fácil dármelos.

—¿Cree que puede tener alguna relación ese loco criminal con el pasado de mi mujer?

—No, no lo creo. Pero conviene apurar todas las posibilidades, señor Payne. Resulta demasiado fácil para cualquiera, hoy en día, matar impunemente a una mujer rubia, cuyo nombre empiece con D, sólo con hacerle luego esa aspa a cuchillo, y fingir que la mató el psicópata llamado «X». Conviene estar seguros de todo, antes de seguir adelante.

—Buena idea, Milland —aprobó el millonario, mirándome pensativo. Se inclinó, comenzando a escribir rápido sobre un talón bancario—. Tomen el dinero prometido. Si necesitan más, me lo dicen. Pero quiero resultados. Al precio que sea.

—Procuraremos que los tenga —prometió Cameron, no tan seguro como parecía—. ¿Vamos, Jeff?

—Sí, vamos —suspiré, levantándome—. Y que Dios nos ayude...

Llamé a mi hermano Waldo a San Francisco. Le di instrucciones concretas:

—Quiero cuantos datos sean posibles sobre una mujer llamada Dianna Lewis. Nombre de soltera, sí. De casada, Dianna Payne. Esposa de Allyson Payne. Fue bailarina de *burlesque* en Los Ángeles y San Francisco. Veintinueve años. Nació y vivió en California, hasta que Payne se la llevó y se casó con ella. Si, no dejes de enviármelos lo antes posible. Adiós, Waldo, hermano. Gracias por todo. Un abrazo. Sí, sí. Aquí, todo bien. No te preocupes. Mi vida transcurre perfectamente. No, no me he casado aún. No sé cuándo lo haré. Llámame pronto —reí, colgando.

Luego, me dispuse a investigar más profundamente el asunto. Se lo habíamos prometido a Payne, había que trabajar duro. Nunca había sido un detective por afición. Sería sin duda una experiencia excitante.

Me encaminé a la hemeroteca del *Morning*. Lee Hawkins me acogió cordialmente, como siempre lo hacía nuestro veterano redactor.

—¿La hemeroteca, Milland? —se sorprendió—. ¿Por qué? ¿Busca algo en particular?

—Sí. Busco la historia de cuatro crímenes anteriores. Sólo eso —sonreí—. Los crímenes de alguien llamado «X».

—«X»... —repitió—. Maldito asesino. Gente así debería ser aniquilada cuando nace.

—Vamos, vamos, no sea nazi, Hawkins —reí de buen humor—. Cualquiera persona puede estar loca, pero nacer completamente cuerda. E incluso no parecer loca cuando lo está rematadamente. ¿No ha oído hablar de la doble cara de los dementes, capaces de engañar a los demás a la perfección?

—Sí, Milland —me miró, y luego sacudió la cabeza con desgana—. En el fondo, son seres dignos de compasión. Pero más aún lo son sus pobres víctimas, ¿no cree?

—Sí, eso es lo que dice mi hermano de San Francisco —me encogí de hombros—. Pero sigo pensando que hay que comprender a todos. No estamos ante un asesino normal, Hawkins. Podría ser alguien a quien conocemos, a quien tratamos cada día, incluso

alguien al que apreciamos y con el que gastamos bromas... sin saber lo que oculta tras su aparente normalidad, ¿ha pensado en ello?

—Claro —desvió su mirada, tras un momento de indecisión—. Lo he pensado. Pero a veces, pensar esas cosas da un poco de miedo...

—¿Miedo? —Sonreí—. ¿A quién?

—Si lo supiera, amigo mío... —se alejó, sacudiendo la cabeza y señalándome la hemeroteca—. Ahí tiene todos los diarios publicados desde que se fundó el *Morning*. Son suyos. Y que le ayuden a encontrar lo que busca...

—Gracias, Hawkins —suspiré—. Eso es lo que espero yo también.

Me sumergí en una sala de tamizada iluminación, muros de nogal y estanterías repletas de volúmenes con los ejemplares encuadernados del *Morning* de años enteros. No necesitaba irme demasiado lejos en el tiempo para mi estudio de la historia de «X».

Recordaba muy bien cuándo empezó la sangrienta cadena de crímenes, porque coincidía con mi convalecencia tras el accidente de automóvil que sufriera el pasado verano, al regreso de Rhode Island.

No había sido demasiado grave para mí, pero el coche quedó destrozado y yo sufrí heridas de pronóstico reservado. Eso fue todo. Y podía recordar que, en los últimos días de mi convalecencia, me vi sorprendido por el primer titular dramático, relativo a las tristes hazañas de un ser, monstruoso llamado «X» por la costumbre de marcar a sus víctimas femeninas con aquel terrible tajo en aspa sobre sus senos.

Poco después, ese mismo titular aparecía ante mí:

«HORRIBLE CRIMEN EN BROADWAY.

UNA CAMARERA DE UN CLUB NOCTURNO,

ASESINADA. UN ASPA O UNA “X” SANGRIENTA,

SOBRE SU TORSO. ¿VENGANZA O LA OBRA

DE UN DEMENTE?»

Sí. Podía recordarlo muy bien. Allí empezó todo.

Me sumergí en la lectura, en una búsqueda casi imposible: el rastro de alguien llamado «X»...

CAPÍTULO IV

—¿Resultados, Jeff?

—Negativos —respiré con fuerza, disgustado conmigo mismo. Me pasé una mano por la frente y por los cansados ojos—. No hay nada que sirva de indicio, Roger.

Cameron asintió pensativo. No parecía sorprendido.

—Me lo esperaba —dijo—. Hubiera sido demasiado fácil, demasiado bonito. No se pueden esperar milagros, Jeff. Hay que trabajar. Y trabajar mucho, para dar con algo realmente positivo..., si es que existe ese algo en alguna parte.

—Tiene que haberlo —dije obstinadamente. Me golpeé con la palma de la mano mi frente, como si eso arreglara algo—. En alguna parte tiene que haber algo escondido, algo que escapa a nuestra percepción y a la de la policía.

—Quizá. Pero ¿quién será capaz de encontrarlo...? —musitó con claro escepticismo mi amigo y colega.

—No lo sé —confesé—. Pero yo... me temo que no. Y no será por falta de ganas.

—Jeff, eso es derrotismo puro. Recuerda que Payne nos ha pagado para algo muy distinto.

—Sí, pero..., ¿dónde está ese «algo» escondido que tú mencionabas? Yo no logro encontrarlo. Buscar un asesino loco, en una ciudad de millones y millones de habitantes, es una locura mayor que la suya propia, debes entenderlo.

—Por tanto..., no hay nada concreto. Nada —manifestó Cameron, mirándome desolado—. ¿No es así, Jeff?

—Bueno, hay algo —admití—. Lizza habló antes de algo...

—¿Lizza? ¿De qué?

—Un médico, un psiquiatra... Alguien que puede ayudarnos a

identificar a «X».

—¿Por qué cree ella eso?

—No lo sé. Pregúntaselo a ella. Busca a Lizza. Es una posibilidad, ¿no?

—Lizza no está ahora en la redacción. Ha salido a hacer un reportaje en el Bronx, de un tiroteo entre *gangs* uvaes. Jóvenes, ya entiendes. Esa clase de gentuza que ha salido ahora como una lacra en nuestro país y en todos. Los que no trabajan. Los que no hacen nada, y no saben lo que quieren. *

—Bueno, cuando venga hablaré con ella —me encogí de hombros—. De momento, creo que podemos intentar otra cosa, Cameron.

—¿Cuál? —se interesó mi jefe y amigo.

—Visitar al hombre que nos mencionó Payne. El «poeta maldito» de Village.

—¿Barry Valentine?

—Eso es: Barry Valentine... El nuevo Baudelaire. El guapo macho que se ganó el amor de Dianna Payne.

* * *

Era el lugar más extraño imaginable. Una especie de mundo aparte.

Poca luz, apenas ninguna. Bóvedas bajas, asientos en la sombra, gente perezosa, miradas absortas y música lenta. *Blues* casi al *ralentí*, ritmos lánguidos, tan perezosos y melancólicos como los presentes.

Contemplamos lo que nos rodeaba con aire pensativo. Ni a Cameron ni a mí nos gustó. Era un lugar cargado de humo y de pesadez. Agobiante y tristón. Quizá a aquella gente, en su mayoría melenuda, de largas barbas y ropas desflecadas, pudiera gustarles.

A nosotros, no. Y no es porque nos sintiéramos burgueses. Nos sentíamos, sencillamente, limpios. Aquello no era limpio. Tampoco eran limpios sus clientes. El lugar olía a sudor y a poca higiene. Si la protesta se hacía así, bien estaba. Pero en el fondo, tanto Roger Cameron como yo, creo que pensábamos lo mismo: protestar y lavarse, no tienen por qué ser dos conceptos incompatibles.

Una mulata flaca y desgarbada, cantaba una versión pésima de

Saint Louis Blues. Luego, bruscamente, los músicos, pocos y desafinados, atacaron una especie de remedo de la música de Bob Dylan que hería los oídos. Los hombros de la mujer de color, bajo su piel oscura, eran como los extremos de una percha asomando por la epidermis. Cantaba regularmente, se movía como si acabara de levantarse de la cama y se desperezase, y su voz se asemejaba bastante a las roncas sirenas de los *ferry*s en el río.

—Esto es una especie de pocilga —comentó Roger desabridamente.

—No —repliqué a mi redactor—. *Es una pocilga*.

Una camarera nos acomodó en una mesa, lo más lejos posible de la plataforma de músicos y cantante. Fue expreso deseo de Cameron, que ella cumplió al pie de la letra, con una especie de discreta sonrisa.

Era lo único bueno del local. No sólo su sonrisa, sino ella misma. No resultaba una fuera de serie, pero era una chica atractiva. Joven y bien formada, sin demasiadas curvas. Las obsesiones mamarias de mis compatriotas debían estrellarse ante ella. No tenía mucho pecho, pero sí bien formado, que es lo importante. Su sencillo vestido de tejido gris, delgado y ligero, se ajustaba a sus formas juveniles. Llevaba el cabello como una *hippy*, rizado y con una banda en torno a su frente, pero se veía a la legua que no era realmente una *hippy*. Sólo tenía que vivir, y en el Village ahora se llevaba eso. Cosas de los tiempos.

—¿Tomáis algo fuerte? —preguntó con cierta malicia.

Cameron y yo entendimos. «Algo fuerte» significa no sólo una bebida alcohólica, sino algo más dentro. Cualquier clase de droga. O un poco de yerba para fumar. Lo de siempre.

—No —negó Cameron—. Sólo cerveza, encanto. Cerveza. Fría, si la hay.

—No sé —se encogió de hombros, mirándonos pensativa. Tal vez nuestra chaqueta y corbata le hacían recelar un poco, como a todos. Eran las únicas allí dentro—. ¿Y si es caliente?

—No importa. La puedes traer igual —se encogió de hombros Cameron, resignado.

Ocupamos dos asientos, en una especie de pequeño rincón con una ridícula mesa circular ante nosotros, en la que no se podían poner los brazos, so riesgo de tirarlo todo, mesa incluida. Cerca de

nosotros, bailaban cogidos por el cuello un hombre negro y una chica blanca. Ella estaba drogada por completo. Jadeaba y culebreaba como si estuviera en pleno éxtasis. El sudaba como un condenado y metía la cabeza entre los pechos de la mujer.

—¿Crees que ese poeta anda por aquí? —dudó Cameron.

—Nos insistieron en que viene cada noche —resoplé, mirando en torno—. ¡Vaya con la pobre señora Payne! Buen gusto tenía...

—Aún no conocemos al poeta.

—No, pero es fácil imaginar cómo será —reí entre dientes.

La cerveza, como sospechábamos, tenía la temperatura de una taza de caldo. Ni siquiera pude probar más que un leve sorbo. Hice un gesto de asco.

—Casi estoy por pedir yerba —gruñí—. Para quitarme el mal sabor...

Cameron rió, sin comentar nada. De pronto, me tomó un brazo.

—¿Cómo dijeron que era ese Valentine? —me preguntó.

—Muy alto, muy atlético y muy rubio. Como les gusta a las esposas maduras, Roger.

—Pues me temo que ya está ahí. Es la clase de tipo que gustaría a mi vecina, la señora Prentiss —rió—. Que, naturalmente, es madura y romántica.

Miré de soslayo. Cameron debía de tener razón. Aquél era Barry Valentine, sin duda. Alto, musculoso, muy rubio... Bien parecido, vestido con el mismo sucio descuido que todos sus amigos del Village. Melena larga, ropas azul pálidas, flecos en pantalones y chaqueta, aire de progresista... Lo de siempre. Además, llevaba una especie de bloc bajo el brazo. Su obra poética, quizá.

Se sentó cerca de nosotros. Quiso besar a la chica que nos sirviera. Ella le rechazó con un empujón, y él se echó a reír, diciéndole una obscenidad. La mala educación, sin duda, no era una exclusiva de lo establecido. También los *progres* pueden ser soeces.

Luego, ella le sirvió una cerveza. El se puso a escribir en su bloc, como si se hubiese concentrado en profundos pensamientos. La chica iba a alejarse cuando le hice un gesto. Vino con rapidez, e incluso dibujó una sonrisa.

Al inclinarse hacia mí, se abombó su blusa y me mostró sus pechos desnudos. Eran pequeños y duros, como limones. Le pagué, con una generosa propina. Su sonrisa se amplió, y siguió

enseñándome su bonito torso.

—Escucha, preciosa —le pregunté con cierta cautela—. ¿Ése es el poeta Valentine?

—Es Valentine, sí. Barry Valentine —asintió con desgana, irguiéndose al comprobar que no eran sus senos lo que me interesaba—. Pero poeta..., ¡pséh!

Muy expresiva la chica. Se alejó, mientras Roger y yo mirábamos al que fuera amante de la esposa de Payne. No nos gustaba su aspecto, evidentemente. Se las daba de intelectual, pero estaba seguro de que todo eso era simple pose. Escribía ahora con aire absorto, como si la musa de la inspiración le llegase con aquella música lenta y aquella voz aguardentosa, cosa que yo dudaba mucho.

—¿Quién va a hacerle algunas preguntas a ese tipo? —indagó Cameron.

—Deja —me incorporé—. Iré yo.

—Ten cuidado —avisó—. No me parece muy de fiar.

Asentí. Pensaba lo mismo, pero alguien tenía que preguntarle a Valentine. Se quedó en la mesa Roger, y me acerqué al poeta amado por la desdichada Dianna Payne. Al notar que mi sombra se interponía entre él y la escasa luz que caía sobre sus cuartillas, levantó la cabeza y me contempló con disgusto.

—Lárguese —pidió—. Me está molestando.

—Lo siento —me aparté, sin alejarme—. ¿Barry Valentine?

Él me estudió con mayor hostilidad, poniéndose ostensiblemente en guardia.

—Sí —dijo—. ¿Y usted?

—Jeff Milland. ¿Puedo hablarle unos momentos?

—¿Hablarle de qué? —Su cautela crecía por momentos.

—De Dianna Payne.

Respiró hondo. Sus dedos estrujaron el bolígrafo que sostenía entre ellos.

—¿Policía? —indagó con aspereza.

—No. Periodista.

—Ya me oyó antes. Lárguese. Está molestándome.

—Valentine, no es lo que cree. No busco reportajes escandalosos. Trabajo para el propio Allyson Payne.

—Me tiene sin cuidado para quién trabaja. Lárguese —insistió,

machacón.

—Estamos buscando la verdad del crimen. Usted puede ayudarnos. Sólo queremos cazar a un asesino. Su testimonio podría ser importante. Tal vez estaba cerca cuando ella fue atacada. Había un hotel barato allí cerca. ¿Salía de él Dianna Payne? ¿Pasaron la noche ustedes dos en ese establecimiento?

—¡Fuera! —Rugió, poniéndose en pie, y haciendo que varios clientes volvieran la cabeza, con sobresalto—. ¡Le repito que no voy a decirle nada, maldito chupatintas! ¡Deje de molestarme!

—¿Es ésa su prueba de afecto hacia aquella mujer? —repliqué fríamente—. Ella le quería. Usted le gustaba.

Sea, al menos, digno de todo eso. Ayude a que sea hecha justicia sobre su asesino.

—¡No sé nada, ni vi nada ni admito nada! ¡Lo mejor que puede hacer es marcharse, antes de que yo tenga que echarlo de aquí!

—Valentine, usted es un necio si pretende negarnos su ayuda. Nos hace falta. No vamos a publicar esto. Sólo utilizarlo para buscar al asesino de la señora Payne. ¿O es que prefiere que sospechemos de usted como culpable, ante su negativa a colaborar?

—Ya oí demasiado —silabeó el poeta, encajando las mandíbulas. Metió con rapidez la mano entre sus descuidadas ropas, y la extrajo esgrimiendo algo que no debía ser muy insólito allí ni en el actual Village: una navaja automática. La accionó, brotando la hoja de acero centelleante, con un chasquido áspero, como una rígida lengua de metal afilado—. ¿O prefieres esto, imbécil?

Algunos clientes cercanos lanzaron leves gritos y se dispersaron, dejándonos a ambos frente a frente. Roger Cameron se puso en pie de un salto y comenzó a venir hacia nosotros. La hoja acerada me apuntaba a mí. Procuré mantenerme quieto, vigilante, sin quitarle los ojos de encima a su poseedor, tratando de adivinar sus intenciones.

La música había cesado. La negra flaca contemplaba la escena con evidente terror. La muchacha dé los pechos de limón, se encogía en un rincón, sin saber qué hacer.

—No haga tonterías —dije lentamente—. Por algo así, puede terminar en la cárcel, Valentine. Lo suyo es el lápiz, no la navaja.

—Le avisé... —jadeó, muy pálido. Movié la mano de la navaja, amenazadoramente—. No me importará marcarle la cara, si se pone

terco, chupatintas.

—Usted no hará eso.

—¿No? —rió agriamente—. ¿Quiere comprobarlo?

—Me gustaría —dije, desafiante, al tiempo que me inclinaba rápido y tomaba un vaso de licor de la mesa inmediata, que le arrojé al rostro, súbitamente, al tiempo que tiraba del mantel de la mesa de Valentine, derribando todo, y alzando la tela para cubrirme del navajazo.

Resultó bien. El gritó, cegado por el *whisky* que entraba en sus ojos, y me tiró un tajo violento al rostro. La navaja tropezó con la tela del mantel, se clavó en ella, y otro tirón violento del mismo, le arrancó el arma de las manos. Rápido, Roger Cameron saltó de costado sobre el poeta, y le sujetó ambos brazos férreamente.

El forcejeó, llenándonos de insultos, pero estaba desarmado. Vencido. Me incliné y tomé la navaja del suelo. A nuestro alrededor, los curiosos se aproximaron ahora, al ver desaparecido el peligro.

—Bueno, Valentine, vamos a discutir ahora más razonablemente —suspiré—. ¿Quiere colaborar, o prefiere que le denunciemos a la policía por agresión con arma blanca?

—¡Váyase al infierno, sucio chupatintas! —rugió exaltadamente.

—Muy bien —asentí—. Roger, sigue sujetándolo. Usted, jovencita, avise a la policía. Haremos que se lleven a este individuo. No tema, el local no será mezclado en el asunto. Es cosa personal.

La chica del pelo rizado y la banda en la cabeza, asintió amedrentada, corriendo a alguna parte, a cumplir nuestras instrucciones. Cameron le avisó a Valentine:

—Aún está a tiempo de evitar su arresto. Si es detenido, se verá en dificultades. Esa navaja tiene una longitud ilegal. E intentó herirnos con ella. ¿Por qué se empeña en no querer hablar de la señora Payne y de lo sucedido aquella noche?

—¡Al diablo con todos ustedes! —Rugió—. ¡No pueden acusarme de nada, no me harán nada!

—Posiblemente. Pero le hubiera sido más sencillo hablar con nosotros de buen grado. ¿No se decide?

—No sé nada de nada. Estuve con ella esa noche, sí. La vi partir de madrugada, porque quena volver pronto a casa. Parecía algo cansada de mí, eso es todo. Ella era de esas mujeres que se encaprichan hoy y mañana pierden su entusiasmo y buscan otro

tipo para divertirse. Era una obsesa sexual. Le gustaban las cosas raras... ¡Pero yo no le hice nada! Cuando salí del hotel, ni siquiera sabía que pudiera haber muerto, que estuviese caída en aquel rincón... ¡Yo no soy un asesino, pero aquí, en el Village, hay que defenderse, hay que ir armado!

—Eso está mejor. —Cameron hizo un gesto a la cantante negra—. Avise a la camarera. Que no llame a la policía. No hace falta ya. Nuestro amigo entró en razón, Valentine, ¿no vio en ningún momento al tipo que seguía a Dianna Payne? El asesino debía estar ya sobre la pista de esa pobre mujer..., planeando asesinarla a la primera ocasión. Es sólo una suposición, pero existe un noventa por ciento de probabilidades de que fuera así.

—No..., no vi a nadie, ¿cómo iba a verlo? Por el Village siempre hay mucha gente. Toda ella parecida, con ropas como las mías... —Se detuvo, sacudió la cabeza y nos miró con repentino sobresalto. Los ojos le brillaron. Algo acababa de pasar por su imaginación—. Eh, esperen...

—¿Qué? —Indagué—. ¿Algo nuevo? ¿Ha recordado algo?

—Sí. Creo que sí... —admitió.

—Muy bien. Trate de recordarlo todo. —Cameron le hizo sentar, con fuerte presión de sus manos sobre los brazos del poeta—. Tomaremos algo y charlaremos de todo esto, Valentine. Si sus noticias nos ayudan en algo..., le prometo cien dólares de regalo.

—Cien dólares... —resopló—. Cielos, son más generosos aún que la señora Payne. ¿Qué quieren saber?

Se había suavizado mucho. De reojo, vi que la muchachita de los pechos firmes volvía de la cabina telefónica, nos miraba y negaba con la cabeza. Todo estaba bien. Valía más que Valentine hablase con nosotros que con la policía. Si Cameron y yo llegábamos al fondo del asunto y encontrábamos a «X», nuestro futuro periodístico iba a ser infinitamente mejor. No podíamos dejar escapar la ocasión.

Cameron pidió *whisky* ahora. Valentine lo tomó de un trago. Nos miró, cordial.

—No es mucho, no crean —comentó, sacudiendo la cabeza—. No voy a decirles quién la mató, porque no sé nada de eso. Pero al mencionar la indumentaria habitual en el Village, me acordé de algo...

—¿De qué?

—De alguien que no vestía como los demás. Un tipo que ocultaba su rostro, con la cabeza baja. Me pareció por dos veces que nos seguía. Pero en ambas ocasiones, al volverme, desapareció.

—¿Cómo era? —me interesé vivamente.

—Pues... no sé. Un hombre normal. Parecía de buena estatura, quizá joven. Como cualquiera de ustedes dos, pongamos por ejemplo. Traje gris o cosa así, corbata... En fin, bien vestido, no como nosotros. Llevaba impermeable oscuro, porque llovía.

—Eso no aclara mucho las cosas —suspiró Cameron, decepcionado.

—¿Qué esperaba? —Se quejó Valentine—. Ya le dije que no iba a ayudarles mucho. Quizá ni siquiera fuese el hombre que ustedes buscan, el que mató a la señora Payne...

—Sí, *lo era* —asintió mi amigo, ceñudo—. Estoy seguro de eso, Valentine. Tenía que ser él. Ya había elegido su nueva víctima. Y llovía esa noche. ¿Sólo le vio entonces, justamente en esa noche?

—Sí, sólo entonces —nos miró, preocupado—. Dios mío, pensar que era... un asesino.

—Un loco asesino —rectifiqué, asintiendo gravemente—. ¿No recuerda más detalles?

—No, ninguno. Las luces no daban en su rostro. Las debía evitar. Ni siquiera sé qué color tendría su cabello. Quizá castaño, quizá negro...

—¿Rubio no? —indagó Cameron.

—No, no lo creo. Lo hubiera notado.

—Pedía llevar peluca —señalé—. No significa mucho. Roger.

—Sí, es cierto —admitió mi amigo. Estudió a Valentine, hizo un gesto, y finalmente extrajo de su bolsillo unos billetes que contó, poniéndolos en el bolsillo del poeta—. Tome, de todas formas, Valentine. Nos dijo cuanto sabía. Se los ha ganado.

—Gracias —nos miró con turbación y tragó saliva—. Perdonen... lo de antes.

—No se preocupe —suspiré, devolviéndole su navaja—. En lo sucesivo, sea más amable. Buenas noches, Valentine.

Salimos del local. En la puerta, me rocé con la joven camarera. Ella me sonrió. Toqué su barbilla, y se acercó un poco más, apretando su bonito seno contra mí.

—¿Se van tan pronto? —preguntó con cierta decepción en el rostro.

—Tenemos mucho que hacer —asentí—. Pero ahora ya nos conocemos. Quizá vuelva por aquí, preciosa. ¿Cuál es tu nombre?

Ella sonrió bajo sus rizos. Hizo un guiño malicioso.

—Dyan —dijo—. Dyan Bosley. Vivo aquí cerca, en un apartamento y...

Me estremecí. Subí mi mano hasta tocar los rizos de su cabello claro.

—Dyan... —murmuré—. No, es mejor que no te mezcles mucho con nosotros. Teniendo ese nombre, es preferible que vivas alejada de ciertas cosas, preciosa...

Besé su mejilla, notando la presión de sus senos desnudos y duros. Luego, me alejé con Roger, dejándola allí, decepcionada y sorprendida.

—Bonita chica —comentó Roger—. ¿No te quedas? A estas horas, habrá poco que hacer en el periódico.

—No —miré alrededor, todavía inquieto—. No quisiera que... *él* nos siguiera de cerca, Roger.

—¿*El*? —Me miró mi amigo y jefe con sorpresa, sin entender.

—«X», quiero decir. Esa bonita muchacha es rubia..., y se llama Dyan.

—Entiendo. ¿Temes que pudiera... peligrar?

—Temo cualquier cosa —asentí, ceñudo, cuando llegábamos ya al automóvil. Miré al cielo—. Observa eso: incluso está encapotado. Puede llover esta noche...

Roger no dijo nada. Entramos en el coche, y arrancamos. Conducía él. Yo saqué algo de mi bolsillo. Un papel que desplegué, leyendo a la claridad del *tablier*. Cameron me miró con aire intrigado.

—¿Qué haces ahora? —preguntó.

—Leo versos —dije—. Versos de Barry Valentine...

—¿Cómo los conseguiste?

—Bueno, fue fácil tomar una hoja de sus apuntes. Estaba demasiado preocupado por otras cosas. Después de todo, ha perdido un poema incompleto, a cambio de cien dólares. Ni haciéndose famoso conseguiría más. Escucha esto: «Muerte, hermosa y sangrienta muerte. Tu presencia dolorosa calma mis ansias... La

sangre que derramas sacia mi sed... Muerte, hermosa muerte, extingue la vida en el ser amado..., y ni aun así te odiaré...». ¿Qué tal, Roger?

—Horrible.

—Eso es. Horrible. No sólo de calidad... —pensativo, doblé el papel y lo guardé—. Un Baudelaire de vía estrecha. Un hombre que habla de sangre y muerte. ¿Crees que pudo inventarse la presencia de ese hombre de impermeable negro?

Cameron me miró, pensativo. Sacudió la cabeza.

—¿Quién puede saberlo? —murmuró—. ¿Sospechas de él, Jeff?

—Sospecho de todo el mundo —murmuré—. Alguien, en esta ciudad, es «X».

—Claro. Pero ¿quién? Es una pregunta que abarca varios millones de respuestas...

—No, no tantas... —dije de pronto, con extraña convicción—. No tantas, Roger. Tengo... tengo un raro presentimiento, amigo mío.

—¿Un presentimiento? ¿Qué clase de presentimiento, Jeff?

—Que «X» es alguien que no está muy lejos de nosotros, que no es totalmente ajeno a los círculos en que nos estamos moviendo...

CAPÍTULO V

Mi hermano Waldo no llamaba desde San Francisco, de modo que fui yo quien le llamó aquella noche, antes de acostarme. Estaba en casa.

—Waldo —le dije—. ¿Y esos informes sobre Dianna Lewis? Estoy esperándolos con impaciencia. Oh, entiendo. ¿Los tienes ya? ¿Nada especial? Lástima... Sí, sí, entiendo... Se casó con Payne, eso es. ¿Luego visitó San Francisco en alguna ocasión? ¿Y no iba sola? Sí, lo sé. Siempre chicos jóvenes... Machos fuertes y atractivos. Era su obsesión. ¿Cómo? ¿Uno de ellos trató de matarla en un acceso de ira o de demencia? ¿Sabes quién podía ser? ¿Un muchacho de Nueva York a quien ella trató con frecuencia aquí? ¿Su nombre, Waldo? ¿Cómo dices...? Sí, sí, lo entiendo muy bien —anoté rápidamente el dato en un bloc—. Edward J. Montagu... Lo buscaremos aquí, no lo dudes. Pero pudo dar nombre falso para registrarse en el hotelito con ella... Sí, Waldo, gracias. Lo buscaremos. No importa que él desapareciese de ahí bruscamente, sin dejar rastro, y ella se buscara otro amigo. Pese a todo, lo buscaremos, no lo dudes. Gracias, Waldo Adiós.

Colgué. Mi hermano de San Francisco me había dado los informes precisos. La esposa de Payne llevaba también a sus «chicos» a California, en ocasiones. Cuando se ausentaba de vacaciones, y cosas así. Uno, un tal Edward J. Montagu, había intentado matarla, en un acceso de furia o de locura. Luego, desapareció.

Pensando en el fantasmal Edward J. Montagu me quedé dormido.

Lizza salía de la sala de revelado, cuando me encontré con ella, en un día nublado y triste, que presagiaba lluvia. Habíamos llegado a ver con recelo la lluvia sobre Manhattan, desde que «x» comenzó su cadena de crímenes.

—Hola —le dije, risueño.

—Hola, Jeff —me respondió, mirándome con jovialidad—. Roger me contó lo de anoche.

—Oh, ¿lo de Valentine y la navaja? —Me encogí de hombros—. No fue tan heroico como pueda parecer, Lizza.

—Yo no me refería a Valentine ni a la navaja —su gesto se hizo malicioso—. Hablaba de la chica de pelo rizado.

—¿Dyan? Ese Roger es un maldito chivato. Tampoco fue nada serio, Lizza.

—¿No? El dice que si te hubieras dejado devorar, ella te hubiese comido entero.

—Bueno, es que uno resulta irresistible para las mujeres... —me pavoneé, riendo.

—Será para las del Village —me replicó, despectiva—. Deben ser muy fáciles, Jeff.

—No tanto —me quejé—. Además, son muy bonitas. Sobre todo, aquella chica.

—Pues no sé qué haces ahora, perdiendo el tiempo conmigo —me espetó, maliciosa.

—Lizza, tú eres diferente. Una criatura maravillosa y adorable, la chica con quien uno se casaría a ojos cerrados, no una aventura nocturna en un local como aquél.

—No me gusta ser esa clase de chicas, Jeff. Si sirvo para casarme un día, debo servir para una aventura apasionada —se acercó a mí, contoneándose—. ¿O crees que estoy chapada a la antigua y sólo quiero conocer al hombre que haya de ser mi marido?

—Lizza, no me has entendido. Yo no puedo compararte con ciertas chicas...

—No lo arregles —suspiró, mirándome muy de cerca—. Es peor, Jeff. Seguiré pensando que soy la esposa americana ideal. Tal vez me den un día un título parecido en el *Cosmopolitan* o el *Housekeeping*. Ahora, supongo que estás hablando conmigo para

saber el nombre de ese psiquiatra que te cité anoche.

—Bueno, también eso me interesa, Lizza. Pero, por supuesto, no hablo contigo para...

—Él se llama doctor Max Vincent. Tiene su consultorio en la calle Treinta y Dos. Médico psiquiatra. Parece que tiene algún informe sobre «X», aunque no definitivo... Ahora, buena suerte. Y que encuentres a tu chica del Village.

Se alejó, dignamente, sin permitirme siquiera que llegase a darle un nuevo cachete en la mejilla. Parecía realmente airada, como si sintiera celos de la camarera del local nocturno.

Sacudí la cabeza. No tenía tiempo de discutir con Lizza. Aquel doctor Max Vincent era mi más inmediato objetivo en estos momentos.

Me encaminé a la calle Treinta y Dos, y no me fue difícil dar con su lujoso consultorio.

Era un hombre relativamente joven, de unos treinta y cinco a treinta y ocho años. Alto, bien parecido, jovial y amable. Estrechó mi mano con calor, y me condujo a su despacho.

Siempre he sentido cierta aversión a los médicos, desde que sufrí el accidente de coche y tuve que verme rodeado de ellos por unos días. Pero los psiquiatras aún me desagradaban más, sin tener una razón especial para ello.

Pese a todo, aquel hombre tenía la virtud de no parecer un psiquiatra. Poco después, mientras charlábamos, le mencioné el asunto que me había traído allí.

Me miró, asintiendo.

—Sí, entiendo —dijo—. La señorita Lizabeth Waine me atendió al llamar al *Morning*. Luego me dijo que vendría alguien a hablar conmigo del asunto.

—Al parecer, no está usted muy seguro de lo que sabe, y por eso no acudió a la policía con su información, doctor.

—Es cierto —suspiró—. Se trata sólo de una simple suposición. Podría llevar a la policía por una falsa pista, haciéndoles perder un tiempo precioso. Creo preferible hablarlo antes con un periodista responsable. Ustedes tratan este caso con cierta elegancia, y además sé que la última víctima era esposa del propietario de su diario. Por eso pensé en ustedes.

—Muy amable, doctor —incliné la cabeza. Luego, le miré—.

¿Cuál es, exactamente, el asunto?

—Ustedes, según creo, buscan a un enfermo mental obsesionado con los crímenes..., y que da dos cortes a sus víctimas, a título de firma o algo parecido. Dos cortes en aspa...

—Eso es. De ahí el nombre que se le ha atribuido: «X»...

—Comprendo. A eso iba, señor Milland. Yo conocí a alguien que firmaba con esa misma aspa, en color rojo.

—¿Usted? —Le miré, absorto—. Cielos, doctor, eso puede ser *muy* importante. ¿De quién se trataba?

—Verá, señor Milland. No es fácil decirle eso. Al menos, no soy yo quien puede hacerlo, aunque haya recordado la circunstancia. Hasta hace unos meses, fui médico interno auxiliar, en una clínica psiquiátrica de Queens. Trabajaba con el doctor Hamilton Slade en Psiquiatría. Allí había un paciente. Un paciente que escribía constantemente letras equis en los papeles, con rotulador rojo.

—Y ese paciente...

—Creo que se evadió. No logramos dar con él. Ni tampoco la policía. Era un psicópata peligroso, a juicio del doctor Slade. Estaba estudiando el caso, porque temía que pudiera tratarse de un caso de esquizofrenia. Pero nunca llegó a completar sus estudios sobre ese paciente. Cuando el doctor Kruger terminó el examen de su ficha personal, y pidió permiso al director del establecimiento para ocuparse personalmente de ese caso, ya era tarde. El enfermo se había evadido.

—¿No han sabido de él nunca más?

—Yo, personalmente, no. Creo que tampoco el establecimiento psiquiátrico, aunque ya no tengo mucha relación con él, dado que me independicé en mi especialidad... —Se volvió al abrirse la puerta de su despacho, tras unos suaves golpes de nudillos en ella—. Adelante, señorita Lang, por favor. No, no molesta. Deme esos *tests*, por favor... ¿Me perdona un momento, señor Milland?

—Claro —asentí, mirando a la enfermera que había entrado en el despacho, con una serie de carpetas con hojas en las que aparecían dibujos y escritos. El médico tomó de manos de su enfermera los documentos. Ella esperó, erguida junto a la mesa. El uniforme blanco resaltaba la prominencia de su torso. Era bastante joven, aunque no una muchacha. Su cabello claro, parecía recogido, tirante bajo su cofia blanca. Me miró, intrigada pero sin comentar

nada ni alterar su rostro.

El doctor Vincent hizo unos trazos en algunos de los *tests*, y se los devolvió a la enfermera.

—Puede repasarlos usted, especialmente los señalados, señorita Lang —dijo amablemente—. Enseguida que atienda al señor Milland seré con usted... Oh, por cierto, señor Milland. Ahora recuerdo algo...

—¿Sí? —me interesé.

—La señorita Lang fue enfermera mía, también en la clínica del doctor Kruger —la miró a ella—. ¿No es cierto?

—Eso es, doctor —asintió la saludable enfermera—. Durante un año hice mis prácticas con usted y con el doctor Slade...

—¿Recuerda, acaso, el asunto Montagu? —preguntó el psiquiatra.

—¿Montagu? —Ella hizo un esfuerzo de memoria—. ¿Se refiere a algún paciente?

—Sí. Uno del propio doctor Kruger, de quien íbamos a ocuparnos el doctor Slade y yo, estudiando la posibilidad de un caso de esquizofrenia, señorita Lang. Edward J. Montagu...

—¡Montagu! —salté yo vivamente, recordando de pronto—. ¿Ha dicho... Edward J. Montagu?

—Sí, eso dije —me miró extrañado—. ¿Sucedó algo, señor Milland?

—No, no, sigan, por favor —dominé mi agitación—. No es la primera vez que oigo ese nombre. Mi... mi hermano Waldo, de San Francisco, citó ese mismo nombre... Un hombre que atacó a una mujer..., y huyó después. La misma mujer asesinada recientemente... Señorita Lang, ¿usted recuerda algo de él que pueda ayudarnos a localizarle?

Ella me miraba con cierta sorpresa. Luego, meneó la cabeza en sentido negativo, aún con aquel gesto entre abstraído y perplejo en su rostro lozano y no exento de atractivo.

—No mucho —admitió—. Ahora recuerdo algo, pero muy borrosamente. Yo apenas vi en un par de ocasiones a ese paciente..., y estaba de espaldas, acurrucado en su celda... Se le tenía que encerrar a veces, a causa de crisis peligrosas..., sobre todo cuando era un día lluvioso...

—Todo encaja —miré al doctor Vincent, con incontenible

excitación—. ¿No puede darme más datos de él? Su aspecto, su apariencia, su rostro..., algo que sirva para identificarlo, para encontrarlo en esta ciudad, esté donde esté ahora...

—Yo, personalmente, no puedo hacer más —suspiró el psiquiatra—. Pero el doctor Slade es posible que sí. En cuanto al doctor Kruger, el director del sanatorio, falleció hace pocos meses. Ahora, lo dirige mi maestro, el doctor Slade. Vaya al sanatorio y él podrá atenderle, señor Milland...

—Sí, gracias. Creo que lo haré sin perder tiempo... —Miré a la enfermera—. Y si usted llega a recordar algo, señorita Lang..., le ruego que intente ayudarnos. Todo lo que sepa sobre ese Montagu, puede sernos muy útil. Aquí tiene mi tarjeta, con el teléfono de la redacción y el mío propio así como mi domicilio y la redacción del diario. No deje de hacerlo, se lo ruego.

—Cuente con ello —suspiró la enfermera, dubitativa—. Pero no le garantizo nada...

Salí de la consulta del doctor Vincent, con la seguridad de que, súbitamente, había avanzado muchos pasos hacia una posible solución. Hacia alguien llamado «X» que, de pronto, parecía tener identidad y nombre real: Edward J. Montagu.

Tenía que ser joven y bien parecido, o la señora Payne no le hubiera llevado como un capricho suyo a San Francisco... Tal vez me fuese dado ver una fotografía suya en la clínica psiquiátrica de Queens. Tenía que haber en alguna parte una ficha del paciente desaparecido...

Cuando abandoné el edificio del consultorio de la calle Treinta y Dos, retumbó un lejano trueno, y el aire sulfuroso que se respiraba en Manhattan, se hizo más húmedo y sulfuroso que nunca.

Minutos más tarde, comenzaba a llover.

Miré, preocupado, inquieto, al sombrío dosel de nubes que envolvían los más altos rascacielos de la isla.

No me gustaba la lluvia. No ahora. Traía malos presagios.

* * *

El doctor Hamilton Slade, jefe de psiquiatría de la clínica Kruger, en Queens, no estaría en el establecimiento hasta media tarde. Tendría que esperar, porque nadie en el establecimiento

estaba autorizado para hablar de asuntos internos profesionales, y menos con un periodista.

Lizza, algo menos sarcástica que por la mañana, entró en mi despacho cuando regresé después de almorzar en un restaurante cercano a mi apartamento. Había tenido tiempo suficiente de recuperarme del cansancio de las noches anteriores, durmiendo un par de horas en mi vivienda, antes de regresar al periódico.

—¿Vas a visitar esa clínica esta tarde? —me preguntó con vivo interés.

—Sí, por supuesto. Cuanto antes, mejor —la miré—. ¿Quieres venir, quizá?

—Bueno, si no estás citado con la chica del Village...

—Ch, deja esa tontería. Podemos ir los dos a la clínica. Tu bonita cara ablandará mucho mejor al doctor Slade, si ha de romper el secreto profesional en algún punto.

—Eres muy amable —manifestó secamente—. De todos modos, no llevaré cámara alguna. No quisiera abusar de la hospitalidad de esos médicos, publicando luego fotografías de su establecimiento. Esa técnica es más propia de nuestro rival.

—El *Sun*... —Sacudí la cabeza—. ¿Has visto últimamente a Shelby Lester?

—No —se mordió el labio—. Pero no va a gustarte lo que publica el *Sun* hoy.

—Total, por una cochinada más... —Me encogí de hombros—. ¿Qué se le ocurrió ahora?

Lizza traía a sus espaldas un ejemplar del *Sun*, Sacó la mano y el diario. Lo puso sobre mi mesa.

Los titulares me enfurecieron. Creía capaz de cualquier sucia cosa a aquel canalla de Lester, pero no de tanto.

**«HISTORIA COMPLETA DE LAS INTIMIDADES DE UN POETA DEL VILLAGE
CON LA SEÑORA PAYNE. RELATO EXCLUSIVO DEL PROPIO AMANTE A
ESTE DIARIO. UN REPORTAJE DE SHELBY LESTER».**

—¡Es repugnante! —Murmuré con ira, estrujando el periódico—. Y ese cerdo de Valentine... Debí entregarlo anoche a la policía, no dejarle suelto por ahí, a merced de las garras de Lester y del dinero de Harlan...

—Ya no tiene remedio —dijo Lizza—. Es pura basura. Casi

pornografía, Jeff. Payne puede presentarles una querella por todo esto.

—Pero no lo hará por no provocar más escándalos —refunfuñé, malhumorado—. Cielos, si vuelvo a encontrarme con Lester, será él quien tenga que presentar una querella contra mí..., por agresión y lesiones, Lizza.

—Olvídate de todo eso. Puede que estés a punto de encontrar a «X». Si eso sucede, será el modo más elegante y digno de dar la réplica a la basura del *Sun*, no te quepa duda. ¿Qué te parece si vamos ya hacia Queens? Con la lluvia que está cayendo, el tráfico rodará lento, y tardaremos más en llegar allí...

—La lluvia... —asentí, ceñudo—. Sí, tienes razón. Vamos allá. Esperemos que no siga lloviendo esta noche. No me gustaría que «X» matara a una nueva víctima...

Lizza me miró, preocupada, y no comentó cosa alguna. Salimos los dos hacia el exterior. Tomé mi sobretodo claro de la percha, y Lizza su bonito impermeable rojo. Cuando subimos al automóvil para cruzar Manhattan y llegar a Queens, la lluvia arreciaba con fuerza, aunque los truenos se alejaban hacia el sur.

Tardamos bastante en llegar a Queens, cumpliéndose las previsiones de Lizza. Nos recibió una enfermera, que nos anunció al doctor Slade. Poco después, estábamos ante un hombre alto, canoso, de facciones agradables, gafas con montura metálica, y gesto sereno. Sus ojos claros y risueños, nos estudiaron con interés.

—El doctor Vincent, mi alumno y colega, ya me llamó, hablándome de usted —me dijo, sonriente—. Siéntese, se lo ruego. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Eso es lo que queremos preguntarle nosotros —repliqué—. Al parecer, un tal Edward J. Montagu, un enfermo mental peligroso, trazaba constantemente aspas en rojo, y era examinado por si sufría esquizofrenia. Huyó un día, sin ser hallado de nuevo, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, exactamente. El doctor Vincent me ha comentado ese caso. ¿Green que él podría ser ese misterioso «X» que ustedes buscan?

—Existen muchas posibilidades de que sea así, doctor —asintió Lizza—. Por eso estamos aquí. Desgraciadamente, el doctor Vincent no trató personalmente al paciente, ni siquiera llegó a verlo. Y la enfermera Lang, según dijo a mi colega, tampoco le vio, salvo en

dos ocasiones, de espaldas, encogido en una celda de castigo para enfermos peligrosos.

—Tal vez sea así —suspiró el doctor Slade, arrugando el ceño—. Lo malo es que su caso lo llevó personalmente el propio doctor Kruger, hasta que le pedimos nosotros hacer un examen diferente del caso. El nos lo concedió y, cuando íbamos a ocuparnos del asunto, el paciente escapó.

—¿Eso quiere decir..., quiere decir que usted *tampoco* vio nunca el rostro de Edward J. Montagu? —pregunté con desaliento infinito.

—Pues... sí, ése es el caso —asintió gravemente el doctor Slade, enarcando sus grises cejas—. Lamentable pero así ocurrió. Y el doctor Kruger ya no existe...

—¿No había alguien, otro médico, una enfermera..., que conociese a Montagu? —insistí.

—Los había, claro. Pero pasan muchos pacientes por aquí. Y muchos médicos y enfermeras. De entonces, apenas si queda alguien de psiquiatría, señor Milland. Mucho me temo que nadie recuerde a Montagu. Fue un caso más, entre centenares de ellos, comprenda.

—Pero al menos..., habrá una ficha —apuntó Lizza—. Quizá una fotografía, datos...

—Eso, sí —asintió gravemente el doctor Slade, mirándola con sorpresa. Se puso en pie, y emprendió la marcha—. Vengan, por favor. Tenemos el fichero en la planta inferior...

Palpitándome con fuerza el corazón, seguí al doctor Slade hacia el que podía ser punto clave del asunto. Tomé la mano de Lizza, y la noté fría y estremecida entre mis dedos. Ella estaba tan emocionada como yo. ¿Sería posible que, al fin, viéramos ante nosotros el rostro auténtico de «X»?

Bajamos a un blanco sótano donde las computadoras se ocupaban de programar y archivar las fichas de los pacientes, con la fría eficiencia de los modernos métodos electrónicos. El doctor Slade habló con una joven de uniforme blanco, que asintió, yendo a la máquina selectora de fichas de archivo. La puso en funcionamiento oprimiendo un botón. Empezó a zumbar el mecanismo. Todos esperábamos anhelantes, mientras las tarjetas perforadas pasaban vertiginosas en su compartimiento. Nuestros ojos se fijaban en la pantalla, donde aparecía escrito un nombre en

letras verdes electrónicas:

«EDWARD J. MONTAGU»

Se prolongó la espera. El doctor Slade parecía impaciente y frunció el ceño, cuando juzgó que el turno de la letra M había pasado ya. Terminaron las tarjetas. En la pantalla, apareció la insensible y fría respuesta de la máquina:

«FICHA AUSENTE. DATOS NO CONSTAN»

—Pero... ¡pero eso es imposible! —Masculló atónito el doctor Slade—. *¡Tiene* que estar ahí, con las demás! Señorita Wallace, por favor, repita. Tiene que aparecer la ficha de Montagu...

—Sí, señor —la programadora accionó el mecanismo de nuevo, con aire escéptico—. Pero si no ha aparecido, es que no está.

—Estaba ahí antes. Estuvo siempre —fue la seca réplica del psiquiatra—. ¿Puede extraviarse, estando computada?

—No, doctor —admitió la joven, confusa.

Esperamos en vano. Se repitió la operación. Y también su resultado fue negativo. El doctor Slade se encaró con la técnica en computadoras. Se mostró airado, acusador.

—Señorita Wallace, si existe una ficha de alguien en esa máquina, y en el momento de buscarla no aparece, ¿qué puede haber ocurrido con ella? —demandó.

—Puede... puede haber sido retirada del archivador..., y borrados los datos de la «memoria» de la máquina —alegó ella, indecisa—. Pero aquí, nadie haría eso.

—¿Pudo hacerlo alguien que no fuese usted u otro programador?

—Imposible. Sólo baja aquí usted, algún médico que busca un informe... —De repente, se detuvo—. Un momento, doctor...

—¿Sí? —Él la miró, expectante, mientras ella palidecía.

—Ahora recuerdo...

—¿Qué recuerda, señorita Wallace?

—Esta tarde..., una antigua compañera. Era más de mediodía cuando llegó..., y me pidió unos datos de otro archivador... Yo me alejé de aquí, pasé a la otra cabina. Ella se quedó por aquí, contemplando las computadoras, al parecer, por simple

curiosidad...

—¿Pudo accionar ésta en concreto, sacar la tarjeta y borrar los datos?

—Bueno, pudo hacerlo... La otra máquina emite más sonido y yo no lo hubiera oído, pero ¿por qué iba ella a hacer eso? Trabajó en esta clínica, somos amigos.

—¿Quién es ella? —La pregunta del doctor Slade era como un trallazo.

—La enfermera Lang... —dijo roncamente la programadora—. Dorothy Lang, doctor.

Dorothy... Noté un escalofrío y una rara aprensión. Recordé a la enfermera Lang, la tarjeta que le di, la petición de ayuda, si recordaba algo... La enfermera Lang, que ahora trabajaba con el doctor Vincent... Y se llamaba Dorothy...

—La enfermera Lang... —jadeó el doctor Slade, desorientado—. Pero ¿por qué? ¿Por qué ella? No tiene sentido...

Yo empezaba a verle cierto sentido. Y no quería verlo. Por si cabía alguna duda, una enfermera asomó al sótano:

—Doctor Slade, es una llamada urgente del *Morning*, para sus redactores, el señor Milland y la señorita Waine...

—Sí, ya vamos —me apresuré a responder, lanzándome escaleras arriba, sin esperar a que el psiquiatra me autorizase.

Alcancé la centralilla, donde una enfermera encargada de ella, me mostró un auricular descolgado. Lo tomé con premura, sintiendo un raro sabor de boca y una amarga sensación de desconuelo en todo mi ser.

—¿Sí? —grité—. Soy Milland. ¿Quién llama?

—Jeff, soy yo, Roger Cameron —habló mi jefe y amigo—. Malas noticias, Jeff.

—No, Dios mío... —murmuré.

—Se trata de otro asesinato. Nuevamente mía mujer rubia. Degollada. Con ^ aspa sobre sus pechos... La encontraron en el interior de un coche robado, una furgoneta comercial...

—Lo sabía, lo sabía... —gemí—. ¿Quién es ella, Roger? ¿Ha sido identificada?

—Sí. Su nombre era Dorothy Lang. Enfermera...

CAPÍTULO VI

Bajé la tela blanca sobre el cadáver. Respiré con fuerza.

—Sí, era ella —asentí—. La enfermera del doctor Vincent...

El teniente Tracy me miró larga y fijamente, con gesto de reproche. No parecía nada satisfecho, y no sólo por el hallazgo del cadáver.

—¿Qué se llevan entre manos? —Farfulló con aspereza—. ¿Están ocultando pruebas a la policía?

—No, teniente —murmuré—. Nada de pruebas. Son todo simples deducciones.

—Pues aun así, va a contármelo todo, o les haré detener por interferir los asuntos de la policía —amenazó—. ¿Está eso bien claro?

—Sí, teniente —acepté de mala gana—. ¿Llevaba ella algo consigo cuando, cuando la hallaron muerta?

—De ropas, sólo su impermeable envolvía el cuerpo casi desnudo, con una simple braga y un sostén. No fue violada, desde luego. Pero la mataron brutalmente, luego hicieron esos dos cortes sobre sus pechos, en forma de «X».

—Me refería a... a documentos. Una ficha electrónica, por ejemplo, con datos, con una fotografía...

—Nada. Ni un documento. Pero en los bolsillos de su impermeable llevaba dos cosas: una tarjeta de visita *de usted*, Milland. Y un monedero con monedas sueltas y un pequeño documento de identificación en un compartimiento: el título de un club femenino, con su fotografía y su nombre. Así supimos quién era.

—Entiendo —arrugué el ceño—. Nada de fichas, nada de datos sobre «X»...

—Deje de divagar, Milland, y desembuche cuanto sabe. Recuerde que puedo meterles en apuros a usted, a la señorita Waine y a Roger Cameron. De modo que sea sincero y suéltelo todo, antes de que pierda mi paciencia, ¿está claro? Vamos hacia el Departamento, y por el camino comenzará a contarme todo. Una vez allí, según lo que sea, se quedará más tiempo, o podrá volver a su trabajo sin problemas. De usted depende.

No había otro remedio. La policía tenía que saber cuánto nosotros sabíamos. Nos habíamos tomado el papel de detectives privados demasiado al pie de la letra. Lo cierto es que ellos eran la policía, y aquello era tarea suya, no nuestra.

De modo que comencé a sincerarme con el teniente Tracy.

No se portó mal del todo.

Pude volver a la redacción, aunque no llegó a felicitarme por mi perspicacia como investigador privado. Me amenazó, por el contrario, con quitarme mi carnet de Prensa y meterme en una celda, si me ponía otra vez a jugar a los policías por mi cuenta y riesgo.

Tuve que prometerle que le contaría en lo sucesivo cuanto llegase a mí conocimiento, e igual promesa se vieron obligados a hacer Cameron y Lizza, para salvar sus puestos y su libertad.

Lo cierto es que estábamos en un auténtico callejón sin salida. Volvíamos a estar a cero, con un fantasma llamado Montagu vagando por ahí. Un hombre sin rostro, que podía haber cambiado de nombre, de identidad, y pasar por nuestro lado sin que sospecháramos que era un peligroso asesino con la mente enferma.

Las preguntas eran muchas, pero la más inmediata y sorprendente, correspondía a lo sucedido en la clínica psiquiátrica del doctor Slade. ¿Por qué la enfermera Lang había sustraído esa ficha, buscando un pretexto para distraer a la programadora y llevarse entretanto el material perteneciente a Edward J. Montagu?

La respuesta, por desgracia, sólo la tenía una persona: Dorothy Lang. Y estaba muerta.

—¿Qué te pasa, Jeff?

Alcé la cabeza. No estaba para diálogos. Pero era Cameron. Me miraba con expresión comprensiva. Lizza venía con él.

—¿Qué quieres que me pase? —Murmuré, sacudiendo la cabeza

—. Lo sabéis tan bien como yo, Roger.

Hubo un silencio difícil. Lizza trató de ser superficial, sin conseguirlo totalmente, pese a sus esfuerzos.

—No tienes la culpa, Jeff. Nadie la tiene —dijo—. Es una víctima más. La sexta. Puede haber otras. Todas igual, recuerda: lluvia, una inicial en el nombre, la letra D. Y el aspa de sangre en el pecho. Siempre «X»...

—«X»... —musité amargamente, hundiendo la cabeza entre mis manos—. Sí, pero ¿quién? ¿Quién es?

—Si lo supiéramos a ciencia cierta... —suspiró Roger. Palmeó mi hombro—. No te tortures, Jeff. Lizza tiene razón. No podemos evitarlo. Es una serie sangrienta, absurda quizá. Todo lo que hacen los locos, es terriblemente absurdo, aunque ellos lo razonen a su modo. Nada de esto tiene sentido.

—Pero ella, esa enfermera, Dorothy Lang... Ella..., ella entró en la clínica Kruger, se llevó la ficha de Montagu, borró la «memoria» electrónica... ¡Nos dejó sin datos sobre ese demente! ¿Por qué, Roger, por qué?

—Me temo que eso... nadie lo sepa a ciencia cierta, Jeff. Ni la policía, ni el doctor Slade, ni la chica de las computadoras, ni nosotros. Algo hizo obrar así a Dorothy Lang. Sólo Dios sabe lo que fue. Puede que tu visita despertara en ella algún recuerdo, puede que pensara sacar partido de todo esto, chantajear a alguien...

—Sí, quizá —miré a Cameron, esperanzado—. Es toda una posibilidad, Roger.

—Pero sólo eso: una posibilidad —terció Lizza, pensativa—. ¿Sabéis una cosa? Se me ha ocurrido una idea.

—¿Qué idea? —quiso saber Cameron, sorprendido.

—Montagu. Edward J. Montagu... Tiene que haber algo de él. No sólo en los archivos clínicos, sino en los periodísticos. El doctor Slade recuerda borrosamente que fue internado allí por algo. De eso hace más de un año. Ha de haber algo en los diarios...

—¡La hemeroteca! —Exclamé, con repentina clarividencia—. ¿Te refieres a eso?

—Sí —afirmó Lizza—. Justamente eso...

* * *

Lee Hawkins sacudió la cabeza con desaliento. Nos miró, con

expresión de perplejidad, como si hubiera algo en todo aquello que le fuese imposible entender.

—No sé... —dijo—. No logro hacerme idea...

—Idea... ¿de qué? —me interesé, preocupado, volviendo la cabeza hacia él, en el ámbito umbrío y apacible de la hemeroteca del periódico, donde nos hallábamos Cameron, Lizza y yo, con nuestro archivador oficial.

—De lo que sucede —confesó Hawkins, volviéndose a nosotros. Nos miró uno a uno, con aire de desorientación absoluta—. No tiene sentido, pero...

—Acabemos de una vez, Hawkins —se irritó Cameron—. ¿Qué es lo que no tiene sentido?

—El archivo, señor —dijo, respetuoso, a pesar de que conocía a Roger desde que entrara allí como aprendiz—. Está incompleto.

—¿Qué?

—Falta algo...

—¿Qué falta?

—Un volumen... Todo un tomo de ejemplares del *Morning*. Todos los que corresponden a la época que ustedes buscan... Los que se refieren a ese año en que ese hombre, el loco que tratan de localizar fue detenido e internado en un establecimiento psiquiátrico. No hay un solo ejemplar en la hemeroteca...

Nos miramos, con sorpresa. Era una noticia poco agradable. Ciertamente podíamos recurrir a archivos policiales, a otros periódicos neoyorquinos, pero... aquello resultaba raro. Muy raro.

—No puede ser, Hawkins —rechazó Cameron, irritado—. ¿Quién tiene acceso a esta sección?

—Solamente yo, señor.

—¿Puede sacar alguien un ejemplar de esta sala?

—No, nadie. En absoluto. El control es riguroso. Si lo hacen, han de firmar una ficha con nombre, fecha y hora, y motivo de la consulta. No hay nada sobre ese tomo.

—Muy bien —resopló Roger, mirándose significativamente—. Buscaremos en otro lado, ¿te parece bien, Jeff?

—Creo que no hay otra solución —admití, tan desorientado como él mismo. Miré a Lee Hawkins. El desvió su mirada, como si temiera que yo pudiera leer algo en sus ojos, pese a que su honradez y honestidad estaban por encima de toda duda—. Vamos,

Roger. De todos modos, Hawkins..., gracias. Procuraremos reponer ese tomo, del modo que sea.

Salimos de la hemeroteca del *Morning*, un poco cabizbajos, como desorientados. En el fondo, es posible que todos nos preguntáramos lo mismo. Y que ninguno encontrase una auténtica respuesta lógica.

—¿Y ahora...? —murmuró Cameron, ceñudo, deteniéndose en la sala de redacción.

—Ahora... creo que voy a buscar algo por ahí —dije bruscamente—. Donde sea, pero fuera del periódico.

—Hazlo si te parece, Jeff, pero ¿te has dado cuenta de algo?

—¿De qué? —Miré a mi amigo con expectación.

—Sea quien sea la persona interesada en el asunto..., es, evidente que tiene acceso a nuestras instalaciones —apuntó Roger Cameron—. Curioso, ¿no?

—Muy curioso —asentí, encogiéndome de hombros—. Pero no te molestes en decírmelo, Roger. Ya había pensado eso mismo..., cuando Hawkins dijo que faltaba ese volumen de la hemeroteca...

Y sin añadir más, abandoné la redacción, dejando tras de mí a Lizza y a Cameron, con gesto de auténtica y profunda preocupación en sus rostros.

* * *

No fui muy lejos.

Mi propósito inicial era llegar a cualquier otra redacción y examinar su propia hemeroteca, si es que el misterioso personaje que había hecho desaparecer aquel volumen en la nuestra, no había llegado al extremo de repetir su hazaña en otros periódicos de la ciudad.

Me detuvo en la esquina inmediata al edificio del *Morning* una voz fría y suave, no lejos de mí:

—Le estaba esperando, Milland.

Me detuve. Giré la cabeza. Contemplé con frialdad al hombre que, asomando la cabeza, a través de la ventanilla del automóvil que conducía, me había dirigido la palabra.

Ya estaba al margen de todo posible factor sorpresa. Eran demasiadas las cosas insólitas e imprevisibles que últimamente me habían ocurrido, para que aquélla pudiese representar para mi

novedad alguna.

Y, sin embargo, lo era. En mucho tiempo, no me había dirigido la palabra aquel hombre. Y menos, esperándome para hacerlo.

—Hola, Harían —respondí al poderoso propietario del *Sun*, sintiendo que algo revolvía mi estómago—. ¿Qué tenemos en común usted y yo, para que pretenda hablar conmigo?

—Muchas cosas —rió entre clientes—. Sobre todo, una fundamental: ambos pertenecemos al mismo mundo de la Prensa, Milland.

—Según como se mire —repliqué—. Yo no considero al *Sun* un periódico, sino un estercolero.

—Diga lo que quiera. No va a ofenderme por ello. Hace tiempo que perdí esa capacidad.

—Lo imagino.

—¿Quiere subir? Tenemos que hablar usted y yo, aunque le extrañe.

—No tengo nada que comentar con usted, Harían —insistí, echando a andar para alejarme de él y de su coche.

El propietario del *Sun*, Ralph Harían, no era hombre que se diese fácilmente por vencido, eso había que reconocerlo. En vez de quedarse atrás, de modo definitivo, echó a rodar su vehículo, en pos de mis pasos, siempre pegado a la acera. Se detuvo unas yardas delante de mí, y volvió a asomar la cabeza.

—No sea obstinado, muchacho —me dijo—. Puede ser importante para usted. Suba. No voy a secuestrarle, ni nada parecido. Usted es periodista. Quiero hablarle de su profesión. Y de dinero. Será sólo un momento, palabra.

Suspiré, contemplando el rostro ancho y anguloso del magnate de la Prensa rival. Su cabello era escaso y sus ojos tenían el color del plomo. Aunque sonreía con su ancha boca, rara vez lo hacía con esos ojos, graves y sombríos.

—Está bien —dije—, cinco minutos. Nada más, Harían.

El asintió, abriendo la portezuela. Subí a su lado, y él puso el coche en marcha, a mayor velocidad que hasta ahora. Le miré. El contemplaba la calle.

—¿Qué pretende? —indagué.

—Contratarle, Milland —dijo secamente.

—Pierde el tiempo. No estoy en venta.

—NO sea tonto. Le puedo pagar triple de lo que le pague Payne. ¿Ha entendido bien? *Triple*. Y darle el puesto de redactor jefe en mi periódico. Necesito buenos periodistas para levantar el *Sun*.

—Ya tiene a Lester —dije fríamente—. Él se basta y se sobra para vender ejemplares a manos llenas, con sus hermosos reportajes, Harían.

—Déjese de sarcasmos —me contempló un momento con gravedad—. No me gusta lo que está ocurriendo en el *Sun*. Sé que se vende, pero no basta con eso. Está perdiendo dignidad. Sólo hacen una cosa: echar carne a la fiera. No era ésa mi idea cuando lancé ese diario a la calle.

—Lo siento por usted. ¿Por qué contrató a Lester?

—Por llevar la contraria a Payne —rió huecamente—. Siempre ocurre igual. Me equivoqué con él. Ahora quiere llegar a redactor jefe. Si lo nombro, hará del periódico una verdadera basura.

—Lo veo difícil. Ya lo es, Harían.

—Por eso quiero que venga a mi empresa, Milland. Usted está llevando bien un asunto tan feo y sórdido como el de «X». Incluso lo sucedido a la señora Payne ha sido publicado en el *Morning* con sinceridad, pero sin inmiscuirse en feas cuestiones. Me gustaría que el *Sun* hiciera lo mismo con todo. Milland, acepte. Ya le dije que la suma que le paga Payne al mes, será triplicada. Puede ser interesante para usted. Además del dinero, está su porvenir: redactor jefe a su edad. En pocos años, director del diario. ¿No es una buena oferta?

—No es mala —admití. Luego, sacudí negativamente la cabeza—. Mi respuesta sigue siendo no, Harlan.

—Pero... ¿por qué? —se exasperó—. ¿Quiere que suba su sueldo al cuádruple?

—No —negué—. No es cuestión de dinero.

—¿De qué, entonces?

—Me gusta ser fiel. A mí mismo, a los demás, a lo que hago. El *Morning* tiene toda mi lealtad. No haría esto ni por un millón de dólares, Harían. Pero agradezco su oferta, y creo que hace bien en buscar un buen periodista. Honrado y limpio, no como Lester. Tal vez lo encuentre. Sólo que... no seré yo.

—Siempre fiel al *Morning*. ¿Eh? —rezongó.

—Eso es.

—Si a Lester se le ofreciera algo así en su periódico o en otro cualquiera, se iría al momento, sin pensarlo.

—Es lo que va de él a mí —admití, encogiéndome de hombros. Miré al exterior—. Ya puede parar cuando quiera. De todos modos, gracias, Harían. No tengo nada contra usted ni contra el *Sun*.

El no dijo nada. Detuvo el coche en la siguiente manzana. Salí a la acera. Pero antes de cerrar la portezuela, me incliné hacia el meditabundo Ralph Harían. Le recordé algo bruscamente.

—Es cierto que estuvo a punto de casarse con Dianna Lewis, ¿no es cierto? —dije.

—Dianna Lewis... —afirmó despacio—. Sí, así es como se llamaba ella de soltera. Ciertamente, Milland. Iba a casarme con ella. Sólo que... también en eso me ganó Payne.

—¿Por eso odia tanto al *Morning*?

—Quizá —hizo un gesto evasivo—. De todos modos, creo que ella no era tal como Lester la presenta. Tenía una tara, es cierto. Pero ¿quién de nosotros es perfecto, Milland? ¿Quién puede saber lo oscuro que oculta nuestra mente, el monstruo que todos tenemos agazapado en nuestro cerebro, presto a manifestarse cualquier día, contra nuestra voluntad?

—Lo oscuro que oculta nuestra mente... —repetí, pensativo—. El monstruo que todos tenemos... Sí, Harían. Por eso mismo..., nunca debieron publicar ese relato de Barry Valentine en sus páginas...

—Te doy mi palabra de una cosa, Milland —habló Harían con energía—. Quitaré ese reportaje de mi diario. Inmediatamente. Lester no escribirá más basura, ni sobre ella ni sobre nadie. Le doy mi palabra. Si él sigue ese camino, lo despediré.

—Me alegro, Harían —suspiré—. Eso habremos ganado todos con esta entrevista. Adiós, y le repito: gracias...

El coche se alejó definitivamente entre el tráfico. Respiré el aire contaminado y sucio de Manhattan, sintiéndolo casi tan puro y limpio como el de las montañas. Ya era algo, conseguir que Harlan recapacitase, en su actitud, y resolviera poner fin al estilo sucio y nauseabundo de Shelby Lester. Ahora me sentía satisfecho de haber hablado con Harían aquellos minutos.

No había sido tiempo perdido, ciertamente.

Recordé de pronto mi idea inicial, cuando Harían se cruzó en mi

camino. Me dirigí al *Herald*, en busca de aquella época que estábamos buscando. Aquélla en que un hombre llamado Edward J. Montagu, había ido a parar a una clínica psiquiátrica de Queens, para luego desaparecer de ella..., y comenzar la macabra serie de crímenes de alguien llamado «X»...

* * *

Allí sí tenían los ejemplares.

Examiné todos ellos, sin encontrar gran cosa. La decepción se reflejó en mi semblante, sin duda alguna. Por dentro, me sentía muy defraudado con lo poco que me ofrecieron las noticias de esas fechas.

Se hablaba de un tal Edward J. Montagu, que había llegado de San Francisco, y que intentó suicidarse arrojándose de un edificio a la calle. Pudo ser rescatado por la policía, y se le detuvo, para posteriormente pasar a examen psiquiátrico. Tenía familia en San Francisco, pero nadie se había ocupado de él. Parecía ser un hombre joven y enfermo mentalmente. Pero los psiquiatras no se ponían de acuerdo sobre su dolencia.

Existía la posibilidad de que fuese una simple neurosis, frente a la tesis de otros que consideraban a Edward J. Montagu un hombre víctima de una psicosis determinada, en tanto existía una tercera teoría clínica de que pudiera ser un hombre de doble personalidad, un ser perfectamente normal en ocasiones, capaz de cambiar radicalmente en otras y convertirse en una persona totalmente distinta. En suma, un caso claro de esquizofrenia.

En la duda, había sido enviado a una conocida clínica psiquiátrica —no se mencionaba el nombre—, y ahí terminaban las informaciones sobre el tal Montagu. De su fuga de la clínica Kruger, sólo aparecía una breve reseña, meses más tarde. Eso era todo.

Desalentado, abandoné la hemeroteca del *Herald*. Era tan poco lo que había obtenido, que me sentía defraudado. Montagu seguía siendo un personaje tan enigmático como antes de comenzar todo aquello Tan misterioso como el propio «X», en suma.

Seguía sin tener identidad definida, rostro, descripción...

Me detuve bruscamente. Eso podía ser una posibilidad.

Montagu había sido detenido cuando intentó suicidarse. Tal vez

la policía le hizo una ficha. Si era así, habría fotografías, huellas, datos...

Después de todo, era posible que el teniente Tracy colaborase gustoso en ese punto, al ver que yo le hacía partícipe de todas mis teorías. Claro que esta vez era por pura necesidad, pero él no tenía por qué saberlo.

CAPÍTULO VII

Melville Tracy, teniente de Homicidios de la ciudad de Nueva York, me contempló pensativo, antes de dar orden que revisaran el fichero policial del departamento de detenidos no homicidas.

Luego, siguió contemplándome, como si viese gato encerrado en todo aquello.

—¿Qué espera encontrar aquí, Milland? —me preguntó de pronto.

—Un rostro —suspiré—. El de «X», teniente.

—¿Cree que pueda ser Montagu?

—Hay muchas posibilidades de que sea así —asentí—. ¿Usted qué piensa?

—No lo sé. Si era un suicida, ¿por qué luego tendría que volverse un criminal?

—No soy un psiquiatra, teniente. Pero pudiera ser que Montagu tuviese ya en su persona, en su cerebro enfermo, la personalidad violenta que ahora le domina. El intento de suicidio y el internamiento, fueron quizá condicionantes de su futura evolución hacia el crimen.

—Pero... ¿por qué la letra «X» sobre los cadáveres? ¿Por qué dibujarla constantemente en la clínica?

—Eso, tal vez lo sepamos solamente cuando encontremos a «X» —suspiré.

—De modo que el tal Montagu llega a Nueva York, procedente de San Francisco, se aloja aquí, en esta ciudad, y de repente siente deseos de matarse. Se salva, es detenido, se le interna, escapa..., y empieza a matar. Extraña historia.

—Teniente, hay un espacio de tiempo entre su evasión y el inicio de los crímenes. Cosa de unos meses en blanco, durante los

cuales tal vez nuestro hombre permanece oculto, hasta que un día se lanza irremisiblemente al crimen.

—Usted ha hablado de que sólo en la hemeroteca de su periódico falta el volumen donde aparecían noticias de Edward J. Montagu.

—Sí, así es. Eso nos ha hecho sospechar que el criminal tiene acceso al periódico.

—¿Sospecha de alguien en concreto? —Se rascó Tracy el mentón, pensativo.

—No, claro que no. Me es imposible imaginar a un compañero mío en el papel de «X». Pero siempre tuve la sensación de que ese ser estaba cerca, de que por alguna razón yo le conocía, él me vigilaba.

—¿Le vigilaba? —Enarcó las cejas Tracy, mirándose.

—Sí, eso es —asentí—. Es algo que no se puede describir, pero uno siente que hay alguien fijo en lo que uno hace. Eso explicaría, además, ciertas cosas. Como la muerte de la enfermera Lang, pongamos por caso.

—Es muy posible —aceptó el teniente, preocupado—. Habrá que vigilar el edificio del *Morning*, aunque sea de un modo discreto. Si «X» puede entrar allí sin despertar sospechas, ¿ha pensado que usted y otros, pueden correr peligro?

—No, no lo había pensado —admití—. Pero es toda una posibilidad, teniente.

En ese momento, entró el policía que había ido en busca de los datos. Traía sus manos vacías. Miré a Tracy con desaliento, y él miró a su agente con agresividad.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿No ha encontrado la ficha?

—No la hay, señor. Ni ficha, ni registro de ese hombre.

—¿Ni siquiera en los suicidas? —Gruñó Tracy.

—No todos son registrados en el fichero, señor. Cuando el suicida es dócil, se deja conducir, y se le lleva a examen psiquiátrico, sin que haya dado señales de agresividad o haya alterado el orden público, por regla general se registra su ingreso aquí, y no se les hace ficha, puesto que son más bien casos clínicos que policiales.

—Entonces, cuando menos, figurará su nombre en alguna parte...

—Sí. En un Precinto del West Side, donde fue conducido inicialmente. Hemos telefoneado allá, y figura el nombre de Edward J. Montagu, como suicida frustrado, con evidentes muestras de desequilibrio mental. Eso es todo. Se registró su entrada, y su salida, en manos de los psiquiatras, para un examen completo. Nunca más volvió allí.

—Bueno... —resopló el teniente Tracy. Me miró, ceñudo—. Parece confirmarse lo que usted decía, Milland. El hombre sin rostro. Nadie sabe nada de él. Se evapora en las sombras cuando uno cree estar más cerca de su identificación.

—Exacto. Montagu podría ser cualquiera. Si tenemos en cuenta que puede aparentar ser un hombre perfectamente normal, llegaremos a la conclusión de que podría haber cambiado de nombre, y andar mezclado entre todos nosotros como una persona respetable e inofensiva...

—Sí, me doy cuenta de que ése puede ser el caso, Milland. Lo cual empeora las cosas. Dicen que no hay nadie tan sutil como un demente, para engañar a los demás. Y la experiencia me ha demostrado que es así.

Me puse en pie. Era una nueva decepción. Había ya demasiadas en aquel maldito asunto... Era como si todas las puertas se cerrasen ante nuestras narices, cuando creíamos encontrar un camino abierto hacia alguna parte.

—De todos modos, teniente, lo hemos intentado —suspiré, tendiéndole la mano—. Ya ve que trato de colaborar en todo lo posible...

—Sí, ya Veo —gruñó, no muy convencido—. Pero ándese con cuidado, Milland. Si lo que hemos pensado es cierto, ese asesino podría estar en cualquier parte. Vigilándole, siguiéndole acaso los pasos. Si trata de llegar demasiado lejos..., estaría en peligro. A «X» no le importará matar a un hombre, rompiendo su costumbre, si con ello impide que le identifiquen y capturen, esté seguro.

—Estoy convencido de ello —me encogí de hombros—. Pero lo malo es que no puedo hacer mucho por evitarlo. Tal vez «X» sea quien menos puedo imaginar. ¿Cómo sospechar de alguna persona que estoy acostumbrado a ver día tras día? Piense usted que yo tampoco llevo mucho tiempo metido en esta profesión. Cuando ese loco intentó matarse, empezaba en el periodismo, escribiendo en un

periodicucho semanal de sucesos, que ya ni siquiera se publica. De allí pasé al *Morning*. Fue una decisión personal del propio Allyson Payne, De modo que, durante el tiempo que llevo como periodista en el *Morning*, ese hombre misterioso ha podido entrar a trabajar allí, con una identidad supuesta, sin despertar sospechas, y yo tendría por compañero a un asesino, sin saberlo. Es una extraña y difícil situación, teniente.

—Lo sé —afirmó él—. Haré lo que esté en mi mano por protegerles a todos. Si «X» tiene acceso al periódico, trataremos de averiguarlo. Y de localizarle, sea quien sea.

No me hizo sentir más tranquilo, pero no se podía negar que el teniente ponía de su parte cuanto le era posible. Abandoné el Departamento, volviendo a la calle, con las manos tan vacías como antes de comenzar todo esto.

Y, por si fuera poco, estaba comenzando a llover uña vez más.

Ahora, sí. Ahora sentí miedo. Miedo de que el diabólico asesino volviera a descargar su golpe sobre alguien. Miedo de que, tal vez en estos momentos, lo tuviera muy cerca de mí. Vigilándome.

Era sólo un presentimiento. Pero yo sabía que «X» no estaba lejos. Nunca lo había estado.

Pero ¿dónde?

* * *

El agua batía con fuerza los vidrios de las ventanas.

Me incorporé, enjugándome el sudor y tomando un vaso de agua del depósito de la oficina. Estaba en mangas de camisa, pese a la fría época. En la redacción hacía calor y, lo que era peor, una humedad endiablada. Todo Nueva York era una inmensa pecera en estos momentos. Los boletines de radio daban en Manhattan un cien por cien de humedad.

—Maldita lluvia... —Gruñí, regresando a mi mesa de trabajo—. Acabará por desquiciarnos los nervios.

—La lluvia... ¿o el asesino? —rió una voz frente a mí.

Alcé la cabeza con sobresalto. Lizza, con su cámara y unas fotografías recién reveladas, húmedas todavía, asomaba a mi cubículo con amplia sonrisa, guiñándome el ojo.

—Ambas cosas —admití—. Si no hubiera asesino ni asesinatos

en la lluvia, no me pondría tan nervioso oír llover, eso seguro. Pero esta humedad es insoportable.

—Acabo de hacer un buen reportaje en el Bronx. Una lucha callejera. Bandas rivales de jóvenes, ya sabes. Hicieron una buena entre todos. Pero creo que esas noticias cansan ya al lector —entró, dejándose caer con aburrido gesto en una silla frente a mí—. He visto a Cameron. Me dijo que todo fue mal...

—Absolutamente todo —asentí—. Ni fotografías ni descripciones de Montagu. Seguimos sin saber nada. Sólo que una vez fue un suicida. Y que la policía le consideró un enfermo mental, no un delincuente.

—Me gustaría saber lo que piensan ahora —comentó Lizza. Meditó, con sus bonitas cejas fruncidas—. Aunque bien mirado, todo sigue igual. Si estaba loco al quererse matar, lo está más al matar mujeres... Es un enfermo, no un malvado. ¿No te parece?

—No sé qué pensar, Lizza. Lo cierto es que no entiendo nada de nada. Ese hombre es un enfermo, sí. Pero su enfermedad es peligrosa. Le convierte en un peligro mayor, porque crece su astucia, porque acaso es inteligente y sabe disimular su tara mental...

—Me gustaría saber qué le impulsa realmente a matar. Incluso un loco necesita un motivo, por absurdo que sea, Jeff. Nadie hace las cosas porque sí. Y menos, cuando hay método en todas ellas. Aquí hay método. Riguroso, diría yo. La letra D en las víctimas, el aspa de sangre, la lluvia... Mujeres rubias, bien parecidas... Son cuatro o cinco puntos en común. Ahí radica el motivo, pero ¿cuál es?

—Solamente él lo sabe. Una mente desequilibrada puede llegar a deformar las cosas más simples, creando un mundo con ellas —señalé gravemente—. Tal vez un hecho trivial, le hizo despertar el ansia homicida.

—Y se ha convertido en una obsesión para él. Sangre, muerte... Como el poema que tú quitaste a Valentine. También a ese poeta le fascina la muerte violenta, es obvio.

—Quizá sólo como motivo literario —me encogí de hombros.

—¿Sabías que Valentine estuvo aquí ayer, en la redacción, y pidió ver la hemeroteca?

Pegué un respingo. Me erguí, mirando con asombro a Lizza.

—¿Antes... o después de intentar encontrar nosotros ese volumen? —quise saber.

—Antes. Estuve mirando la lista de lectores en el fichero de Hawkins. No se nos ocurrió hacerlo entonces, por pensar que el visitante que hurtó ese volumen no iba a ser tan tonto de dejar su nombre verdadero en el registro. Pero a pesar de ello, miré. Y vi su nombre: B. Valentine. No creo que sea casual...

—De modo que él entró en el periódico, pudo llevarse el volumen...

—Sí. Llovía. Y lógicamente, llevaría un impermeable, una gabardina o algo así. Suficiente para ocultar el volumen. Pero claro, es sólo una posibilidad, Jeff.

—Una posibilidad muy razonable —dije, poniéndome en pie, preocupado—. Poemas de muerte y de sangre...

Violencia y náusea... ¿Sólo poemas..., o se inspira en hechos más reales y concretos?

—El estaba esa noche con Dianna Payne...

—Sí. Pudo contarnos un buen cuento: el hombre que le seguía, con impermeable negro y bien trajeado... —Sacudí la cabeza—. Tratad de averiguar algo de ese tipo, aunque supongo que su pasado será muy oscuro, como el de todos los del Village actual. Yo voy a intentar localizarlo de nuevo.

—¿Dónde, Jeff? —se alarmó Lizza—. Está lloviendo mucho...

—Creo que el lugar donde mejor puede encontrársele es en el Village —dije, acercándome a mi sobretodo y mi sombrero impermeable—. Y allí iré.

—Jeff, ten cuidado —me pidió Lizza, indecisa—. ¿Te acompaño?

—No, no. Tú sí podías peligrar en aquel barrio, de noche. No es muy recomendable.

—Jeff, no olvides que ese poeta maldito..., puede ser «X» —me recordó ella.

La miré. Sonreí, dando un suave cachete a su mejilla. Luego me incliné y la besé.

—No lo olvidaré —dije—. Tienes mi palabra.

Salí rápidamente, sin poder despedirme siquiera de Roger Cameron. Su despacho estaba vacío en ese momento.

Llovía torrencialmente cuando llegué a Greenwich Village, antiguo barrio bohemio y de artistas. Hoy, como tantos otros, distrito de haraganes, drogadictos y gentuza de toda laya. Paredes con pintadas obscenas, gente dudosa por las calles casi desiertas, humo y alcohol en los locales...

El local donde peleáramos Cameron y yo contra Valentine y su navaja, aparecía vacío. Era aún muy pronto para tener clientela. Ni siquiera había músicos o cantante. Miré por todas las mesas. Naturalmente, Valentine también brillaba por su ausencia.

Busqué a Dyan. Oí unas pisadas tras de mí, y me volví.

Llevaba el pelo rizado y la banda, como Dyan. Pero no era Dyan. Ésta tenía más carnes, más trasero y más pechos. Me miró burlonamente.

—Madrugas mucho, guapo —me dijo, estudiándome con aire crítico—. Y no vistes como la clientela habitual. ¿Te sientas o prefieres la barra?

—Busco a un amigo: Barry Valentine.

Me estudió desconfiada. Se encogió de hombros.

—No está. Ya ves que no hay nadie..., todavía. Espera, si quieres. ¿Whisky, cerveza...?

—Cerveza. Fría, si hay.

—No creo que haya. Nunca está fría —hizo un gesto desdeñoso—. ¿No te importa?

—No, no me importa —busqué todavía por la sala—. ¿Y Dyan?

—¿Dyan? —Me miró, enarcando las cejas. Sus carnosos labios sonrieron burlones—. Tampoco está.

—¿Llega más tarde?

—Hoy, no. Es su noche libre. Pero a veces viene a temar algo. Puede que no tarde. ¿Te interesa tanto la chica?

—Me gusta. Eso es todo.

—Yo también puedo gustarte. Dyan es una mosquita muerta —dijo ella, despectiva. Se apretó a mí, dejando que notase lo abultado de su torso—. Yo, no.

Seguro que no era una mosquita muerta. La toqué. Se dejó. Incluso cuando mi mano se hundió por su descote, apresando una especie de balones de fútbol que desbordaban la camisa descolorida. Echóse a reír.

—¿Lo ves? —Dijo, insinuante—. Ven conmigo. Olvidarás pronto

a Dyan, seguro.

Me arrastró hacia alguna parte, sin duda más discreta que la sala, aunque no más vacía. Casi estuve a punto de seguirla. Pero me detuve, soltando su mano.

—No —dije—. Ahora, no. Tengo que hacer. Más tarde, es posible.

—Oye, ¿qué te pasa? ¿Es que sigues pensando en Dyan, maldita sea? —Se enfadó.

—Quizá —admití, apartando mi mano de su trasero, donde ella misma la había depositado un momento antes—. Dame esa cerveza. Volveré luego.

Tomé un trago. Parecía caldo. Le dejé el dinero entre sus voluminosos pechos, y me marché a la calle, mientras ella despotricaba contra mí y contra Dyan.

Tuve que guarecerme unos momentos en el portal del establecimiento. La lluvia era una cortina. Estuve tentado de regresar, y olvidar la lluvia y la fría noche entre los brazos y los senos de la chica opulenta, pero cambié de idea y me mantuve firme.

Tardó cosa de cinco minutos en amainar el aguacero. Salí a la calle, desierta y charolada por la lluvia. Vi mi propia sombra reflejada en los negros charcos. Dos o tres veces me volví, con la desagradable sensación de que era seguido, pero no pude ver a nadie ni escuchar pasos por ninguna parte.

Había varios locales cercanos. En alguno de ellos, sin duda, estaría Valentine. E incluso quizá la rubia Dyan. Me gustaba su carita ovalada y su cuerpo de suaves curvas, tan distinto a aquel otro que había palpado poco antes.

Un luminoso parpadeante, señalaba hacia un callejón cercano, con una flecha también fluorescente, roja, indicando el emplazamiento del local:

The Village

Aquel mismo estaría bien para empezar. Eché a andar con decisión, y doblé la esquina, encaminándome al local, cuya puerta iluminada se veía al fondo. Debía de haber tan poca gente como en el local anterior. Las calles seguían totalmente vacías.

Me detuve de repente. Sentí como si la proximidad de alguien se

materializase a mis espaldas, justo cuando una figura humana, una esbelta silueta femenina, salía de la puerta iluminada, recortándose contra ella.

La luz fluorescente reveló los inconfundibles rizos rubios, la banda de tela *hippy* en torno a la cabeza, el pantalón tejano con flecos, la camisa deslucida.

—Dyan... —murmuré.

Justo entonces, creí advertir aquella vecindad ominosa. Alguien a mi espalda. Fue una sensación vivida, restallante, que me sacudió el cuerpo con un violento escalofrío de terror.

Ella me había visto. Agitaba su brazo, venía hacia mí, sonriente, invitadora, apresurando el paso.

Yo giré la cabeza. Miré a mis espaldas.

Me enfrenté a la negra oscuridad del callejón. Algo como un estallido invadió mi cráneo. Me sentí martilleado, volteado. Todo se hizo negro en torno mío, incluso el luminoso del local y la figura de Dyan.

Luego..., creo que caí de bruces al suelo. Pero ya no me enteré.

Tambaleante, empecé a incorporarme...

Miré a mí alrededor. A las sombras, a las luces que bailoteaban. Sentí náuseas. Y un intenso dolor de cabeza. Chispas lívidas cruzaban ante mi rostro, como centelleos molestos.

Logré erguirme, apoyarme en el muro de ladrillos. El sudor frío se mezclaba con el agua de lluvia, chorreando por mi rostro y cabellos. Traté de recordar. Y lo logré.

Algo me había machacado el cráneo. Ni siquiera sabía cuánto tiempo estuve inconsciente; No sabía nada de nada.

Me moví, pero tropecé. Algo blando me hizo casi caer. Miré al suelo, empezando a ver las cosas con algo más de nitidez.

Primero, sólo descubrí un bulto. Una forma inerte a mis pies. Luego, como un trallazo de luz, aquello cobró forma. La claridad del fluorescente me reveló lo que había ante mí.

Lancé un grito de horror, un alarido que debió retumbar por todas las calles adyacentes. Era un auténtico chillido de pánico, de angustia, de desesperado horror ante la escena alucinante.

Allí, a mis pies, el cuerpo semidesnudo... Los pequeños, prietos pechos como limones, brutalmente rasgados. Dos tajos en aspa, sangrantes... El horror de la muerte, la incredulidad, los ojos

desorbitados por el pánico y la sorpresa, reflejados en un bonito rostro de muchacha. Y sangre por doquier. Sangre en su garganta seccionada, sangre salpicando la calle mojada, los cabellos rizosos, la banda de tela...

Dyan...

Estaba muerta. Junto a mí. Muerta por la mano de «X». Alguien llamado «X», que se había cobrado su séptima víctima...

Luego, noté a mi espalda aquella sensación angustiosa. La presencia de alguien.

Me revolví, con un jadeo ronco, dispuesto a matar o a morir.

—Jeff... Jeff, ¿qué sucede aquí, Dios mío?

Le miré, aturdido, vacilante, sin saber qué hacer.

Era mi amigo y jefe, Roger Cameron.

CAPÍTULO VIII

—Roger... Está muerta... ¡Muerta!

—Lo sé, Jeff, lo sé. —Cameron me contempló largamente, mientras a nuestro alrededor zumbaban sirenas policiales y de ambulancia, y los policías lo invadían todo—. No puedes hacer nada por ella.

—La mataren junto a mí... Justamente a mi lado..., mientras yo... yo tampoco podía hacer nada por ella, en ese momento... —gemí.

—También lo sabemos. El teniente Tracy está examinando el lugar del crimen. Vamos, creo que debemos irnos de aquí, Jeff. No adelantas nada torturándote de ese modo. Fuiste atacado, el criminal aprovechó tu desvanecimiento y mató a la chica... Eso es todo.

—»Fiebre Dyan... —susurré—. Venía hacia mí. Tan alegre, tan confiada al verme de nuevo... Tal vez pensó en... en una noche alegre y feliz, los dos juntos. Y ahora...

Roger me llevaba hacia el coche, a viva fuerza. Lizza, que había hecho ya las fotografías, dominando su horror, nos esperaba, cámara en ristre, pálida y estremecida.

Partimos de regreso a la redacción. Yo iba como anonadado. El impacto emocional había sido demasiado fuerte en esta ocasión. Era difícil salir de aquel caos mental en que me hallaba sumido.

—Parece que se confirman nuestros temores —murmuró Lizza, mientras Roger conducía en silencio—. Él te vigilaba a ti..., o vigilaba a Dyan. Y si es así, es porque la conocía ya. O porque, sin querer, tú le llevaste hasta ella.

—Si la conocía..., puede ser Valentine —apuntó Cameron, pensativo—. Cuando Lizza me dijo que habías venido al Village tú

solo, tuve miedo por ti, y corrí en pos tuyo. Por desgracia, llegué demasiado tarde.

—Tal vez si llegas antes, hubieras sido tú también víctima de «X» —señaló Lizza, pensativa.

—Eso, nunca se sabe —se encogió de hombros Cameron—. Lo cierto es que no fue posible hacer nada por evitarlo. Ahora, sólo nos queda el consuelo de siempre: intentar dar caza a ese maldito loco...

Rodaron largo rato en silencio. Había dejado de llover, pero el suelo continuaba mojado, y la humedad seguía siendo muy elevada. Pero ahora, mi sudor era frío, viscoso.

—Tienen que encontrar a Valentine —dije, al fin—. Ese poeta tendrá que explicar muchas cosas... Primero matan a Dianna Payne, que era su amante, ahora a esa chica, que le servía todas las noches en aquel tugurio... Tiene relación con las dos víctimas. Una relación muy directa.

—El teniente ya ha dado orden de buscarle —me informó Cameron—. Si tiene algo que ver en ello o coge miedo al comprender que le relacionarán con esta nueva muerte, es posible que se oculte y sea difícil hallarle.

—¿Crees realmente que Valentine es «X», que él se llevó el volumen de la hemeroteca, que te siguió a casa del doctor Vincent y vigiló a la enfermera Lang, matándola al recordar que había prestado sus servicios en la clínica y podía identificarle?

—Es muy posible, sí.

—Olvidáis algo —dijo Cameron bruscamente—. La enfermera Lang, previamente, robó una ficha sobre Montagu en la clínica Kruger. Eso sigue sin tener sentido. ¿Qué pretendía con esa ficha y por qué la hurtó? Es algo que no ha quedado claro.

—Muchas cosas hay en el asunto que distan bastante de estar claras —opinó Lizza—. Pero es como el famoso ovillo enredado. Dando con el hilo suelto, se puede desenredar la madeja.

—¿Dónde está ese hilo? —me pregunté, exasperado.

Nadie me respondió. Vi que pasábamos de largo ante el edificio del *Morning*. Me incliné hacia Cameron.

—Eh, ¿adónde vamos? —pregunté.

—Tú, a descansar, Jeff —me dijo bruscamente—. Hablo como jefe, no como amigo. No quiero que trabajes esta noche. No estás

para ello. Métete en casa, intenta dormir o, por lo menos, descansa. Mañana te encontrarás mejor.

—Roger, quiero escribir, relatar por mí mismo lo sucedido — protesté.

—Lo harás mañana. Hoy daremos escuetamente la noticia, añadiendo que fuiste testigo directo y personaje principal del drama, para que mañana publiques tu reportaje. Ahora, no harás nada de nada. Recuerda lo que dije: es una orden.

Protesta pero en vano. Cameron no cedió. Tuve que irme a casa.

Aunque, naturalmente, esa noche no dormí. Y cuando logré hacerlo, ya de día, mi sueño fue inquieto, lleno de pesadillas horribles, de convulsiones, de espantosas visiones del cadáver sangrante de Dyan, la muchachita del Village.

No, no descansé demasiado. Al despertar, estaba ojeroso y pálido. Fui al aseo, y vomité, antes de poderme duchar. Sentía frío, y angustia. Me miré en el espejo, sin apenas reconocermé.

Llamé a San Francisco. A mi hermano Waldo. No contestó. No debía estar en casa. No sonó voz alguna en el auricular, y no pude encargarle que buscara datos sobre Edward J. Montagu, que era natural de aquella ciudad californiana donde Waldo y yo nacíáramos, y que me enviase a ser posible alguna fotografía, algún informe que nos sirviese para identificar al misterioso enfermo.

Tendría que hacerlo más tarde nuevamente. Waldo podía serme, una vez más, de mucha ayuda.

Cuando salí a la calle, no me sentí mucho mejor, pese a que las nubes se habían dispersado bastante, las calles estaban casi secas, y a ratos, el sol lograba abrirse paso para iluminar tibiamente el asfalto.

Adquirí el *Morning*, en su edición especial, con el nuevo crimen de «X» en primera plana. Sacudí la cabeza, con desaliento. Las fotografías del cadáver, me trajeron malos recuerdos. Tenía una espantosa sensación de culpabilidad en todo aquello. Como si yo mismo, involuntariamente, hubiese llevado la muerte al Village, a la infortunada Dyan...

—¿Seguro que te encuentras ya bien, Jeff? —Fue la primera pregunta que me hizo Cameron, apenas asomé por el diario.

—Lo mejor que puedo sentirme. No es estar bien, pero es algo — dije sordamente.

—¿Vas a escribir el artículo? —dudó.

—Claro —afirmé, rotundo—. Voy a escribirlo. Y voy a hacer algo más.

—¿Qué? —se sorprendió Cameron, mirándome perplejo.

—Voy a hacerlo a mi modo. Exijo que se publique tal como lo haga. ¿Palabra, Roger?

—Sabes que tienes carta blanca. ¿Por qué dices eso? ¿Piensas poner algo especial? —Me estudió con cierta desconfianza.

—Sí. Muy especial —afirmé—. Pienso poner una trampa.

—¿Una trampa?

—Una trampa de tinta y papel... para «x» —mascullé, metiéndome en mi despacho y cerrando de un portazo la vidriera.

Escribí durante bastante rato, haciendo volar mis dedos sobre el teclado. Al terminar pasé el reportaje al despacho de Cameron.

Poco después, entraba hecho una furia, con los folios en la mano.

—¿Qué significa esto, Jeff? —Exclamó abruptamente—. ¿Crees que voy a publicarlo así?

—Te pedí que lo hicieras, Roger —repliqué con sequedad—. Hazlo, o... me despido ahora mismo del *Morning*.

—Pero... pero, Jeff... Este párrafo final... Es una locura. Puede ser tu sentencia de muerte...

—Quizá —sonreí con acritud—. O la sentencia para alguien. No estaré desprevenido cuando llegue el momento.

—¡Él es un asesino y un loco! —clamó Cameron.

—Lo sé. Estoy preparado para lo que sea, Roger. Publícalo, por favor.

—¿Insistes en marcharte si no lo público?

—Totalmente. Harían me hizo una buena oferta. La aceptaría. Es todo.

Dudó. Finalmente, me maldijo y se fue con mi artículo.

Cuando se publicó, en la siguiente edición, el último párrafo fue sin duda el más leído en toda la ciudad. Yo lo repasé, pensativo:

«Sí. La muchacha del Village fue muerta a mi lado. Pero yo vi algo. Lo suficiente para estar más cerca de la solución de este horrible rompecabezas. El asesino sabe ahora que no puede estar seguro. Él sabe que vi *algo*... Él sabe que yo, Jeff Milland, puedo ahora ir más lejos».

Era un buen cepo. Faltaba que alguien lo pisara.
Y ese alguien, era un asesino. Un loco. Alguien llamado «X»...

* * *

Waldo seguía sin responder desde San Francisco. Colgué, malhumorado.

Me quedé pensativo, en mi despacho del *Morning*, mirando el teléfono silencioso.

Me había quedado solo en la redacción. Lizza tenía trabajo en otro lugar, y Cameron estaba en la planta alta, en Dirección, hablando con el propio Allyson Payne.

Era la hora del almuerzo. Al menos en una hora, no aparecería nadie por redacción. Yo tampoco debería haber estado. No sentía apetito, sin embargo. No pensaba comer. Mi estómago era como una convulsión constante, dolorosa. La sola idea de comer algo, me producía náuseas.

Para pasar el tiempo, me puse a hojear el diario en su última edición. Ya tenía noticias de que mi reportaje había hecho gran impacto en la calle. Se llevaban hechas tres ediciones del ejemplar.

—Buenos días, señor Milland. ¿No va a almorzar?

Sorprendido, alcé la cabeza. Después de todo, no estaba solo en el periódico. Allí estaba también Lee Hawkins, haciéndome compañía. El veterano reportero, ahora archivador y bibliotecario, llevaba emparedados envueltos en papel cera, en una mano, y una botella de cerveza en la otra.

—No, Hawkins —negué—. No tengo apetito.

—Lo comprendo. Después de lo de anoche... —Sacudió la cabeza, con un suspiro—. Tuvo que ser horrible.

—Sí, lo fue —le señalé una silla—. Siéntese, Hawkins. Nos haremos mutua compañía. Esta sala, sin gente, se ve muy desolada.

—Como un cementerio —sonrió Hawkins, sentándose frente a mí y dejando sus emparedados y su cerveza sobre la mesa—. Con su permiso, señor Milland... Le felicito. Ese reportaje es estremecedor.

—Gracias, Hawkins. Sí, lo es. La realidad, sin embargo, es mucho peor.

—Lo imagino. ¿Es... es cierto que cree estar usted... cerca de la verdad? Lo leí en su reportaje.

—Es cierto, sí —mentí, mirándole con extrañeza por su interés en el asunto.

—¿Vio... vio a *alguien*? —insistió—. ¿A su agresor...?

—Bueno, vi «algo» —me encogí de hombro, evasivo—. Algo que no debo revelar aún, Hawkins. Ni siquiera a los amigos.

—Lo comprendo, lo comprendo —suspiró. Bajó la cabeza, mordió su emparedado y tomó un sorbo de cerveza—. ¿Cree que va a dar al fin con Edward J. Montagu?

—Es posible... —Moví la cabeza—. Muy posible. ¿Le interesa el caso?

—Mucho —asintió. Y añadió de repente—: Yo... *yo conocí a Montagu*, señor Milland.

—¿Qué? —Pegué un salto en mi asiento, y le miré con profundo estupor—. ¿Bromea, Hawkins?

—No, señor. No bromeo —dijo seria, gravemente—. Yo le conocí. Personalmente.

—Personalmente... —Sacudí la cabeza, atónito—. Cielos, no puede ser. ¿Y ha permanecido callando eso durante todo este tiempo?

—No quería hablar. No quería revelar nada. No era justo.

—¿No era justo? —Le estudié, desorientado, sin acabar de creerle—. Hawkins, ¿está hablando en serio?

—Totalmente, señor —afirmó, rotundo. Me miró tristemente. Casi sonrió, sin llegar a hacerlo del todo—. Pero no era Edward J. Montagu quien conocí, sino su hermano... Elmer W. Montagu.

—Elmer W. Montagu —repetí. Algo, una lejana luz, pareció destellar y apagarse, allá en el fondo de mi cerebro—. No entiendo... ¿Tiene un hermano, acaso?

—*Tenía* un hermano. Murió.

—Murió...

—Acusado de asesinato. Por una mujer.

—Cielos, Hawkins, ¿cómo sabe usted todo eso? —me asombré.

—Porque viví esos hechos. Yo trabajaba entonces aquí, en el periódico. Pero desde hacía tiempo, escribía, con permiso del señor Payne, unas crónicas de sucesos para un semanario oscuro y sórdido, llamado *Suceso*.

—*Suceso* —repetí de nuevo lo que él decía—. Eh, ese semanario lo conozco yo. Escribía en él antes..., antes de venir al *Morning*.

—También escribía en él Elmer W. Montagu, señor —dijo Hawkins, tristemente—. Luego, iba a irse de nuevo a San Francisco, su ciudad natal, cansado de adocenarse en un periodicucho tan triste y tan bajo. Entonces, sucedió todo. Le acusaron de aquel crimen. El juraba ser inocente. Y lo era. Pero nadie le creyó. Se mató antes de ir al proceso.

—¿Se mató!

—Eso es. Se soltó de los agentes que le custodiaban, se arrojó por una ventana...

—Yo nunca oí hablar de todo eso...

—Claro que oyó hablar de ello, señor. Lo que sucede es que debió olvidarlo.

—Olvidarlo... —Me toqué la frente, todavía fría y sudorosa—. Sí, tal vez... Mi accidente de coche... Desde entonces, olvido algunas cosas, Hawkins.

—A mí también me gustaría olvidar. Pero no puedo. No puedo, ¿comprende? Yo..., yo tuve la culpa de todo. Yo *maté* a Elmer W. Montagu...

—¿¡Usted!?

—Sí. Como si lo hubiera hecho con mi propia mano. Porque callé. Callé mi culpa, tuve miedo. Dejé que acusaran a otro de la muerte de una mujer..., *a la que yo mismo había dado muerte...*

CAPÍTULO IX

El silencio era denso, pesado. De repente, la humedad y el calor parecían aumentar en mi despacho, y veía a Lee Hawkins, el viejo Lee, distante y deforme, como en un espejo curvado.

—No..., no puedo entenderlo... —musité roncamente—. Usted..., un asesino. No tiene sentido, Hawkins. Delira...

—No, no deliro —sonrió amargamente—. Y tiene sentido... La historia es simple. Tremendamente simple...

—¿Qué clase de historia es, exactamente?

—Dos hombres jóvenes e ilusionados que llegan de San Francisco y ansían abrirse camino en Nueva York. Parece que van a lograrlo. Y, de pronto, uno de ellos cae en una trampa mortal. Una mujer con la que tiene relaciones, muere asesinada. Le acusan. Le condenarán, sin duda. Hay muchas pruebas contra él. Una mujer rubia, una falsa testigo, Doris Colman, declara contra él. Dice que mató a su amiga. La policía lo cree. El niega siempre. Su hermano duda, no sabe qué pensar... Es un muchacho que estuvo enfermo de niño, una meningitis o algo así. Parece inteligente, vivaz y saludable, pero su mente está dañada. Este suceso desatará el mal abiertamente, pero en forma gradual.

—Siga, Hawkins...

—La testigo se equivoca, es obvio. Acusa falsamente a Elmer W. Montagu. El dice que tiene que haber alguien, un tipo, quien sea, alguien llamado «x», que mató a la chica, pero que él no es.

—Y ese hombre, ese alguien llamado «x».

—Era yo, señor. Yo maté a esa mujer.

—¿Por qué, Hawkins?

—Porque... era mi esposa.

—Cielos. Si creí que usted era soltero.

—Viudo ahora —sonrió tristemente el viejo periodista—. Entonces, casado. Y separado de ella. Pero seguía amándola. Ella se entendía con todo el mundo, era una mujerzuela... La visité, traté de hacerle entender que dejara al joven Montagu, que no le manejara como había hecho conmigo... Era mucho más joven que yo. Muy bella... Se burló, se mofó de mí. La golpeé. No sé cómo..., pero la maté. La maté, señor Milland...

—¿Y... y Elmer W. Montagu? —indagué.

—Al llegar, se encontró con la escena. Una vecina, rubia como mi mujer, hermosa y de mala vida, como ella, le acusó, gritó, llamó a la policía... Pobre Montagu. Cuando quise tomar una decisión, confesar mi culpa, ya era tarde. El se había matado.

Reinó un tenso silencio. Miré a Hawkins preguntándome muchas cosas, confusa mi mente, como si algo en ella tratase de salir a la luz, para hacerme ver la verdad desnuda.

—Pero..., pero usted... —murmuré—. *Ahora*, usted NO es «X», ¿verdad?

Me miró. Sonrió tristemente. Negó despacio.

—No, claro que no. Yo no soy «X». Lo es quien se traumatizó con la muerte de su hermano, con la denuncia de aquella mujer rubia y descocada que declaró contra él, con la insistencia de su hermano en llamar «X» al asesino...

—Edward J. Montagu —musité—. Es él, después de todo.

—Claro. Siempre lo supe. Desde un principio estuve seguro de ello, señor. ¿Usted no?

—Lo sospechaba. Pero también tenía mis sospechas de ese Valentine... Hawkins, ¿usted no..., no conoció a Edward J. Montagu?

—No. No le conocí personalmente, pese a que también colaboraba en el *Suceso*, el semanario morboso ya desaparecido.

—Comprendo —murmuré con amargura—. Un hermano vengador. Toda mujer rubia, de vida confusa..., muerta como quería matar a la mujer que envió a su hermano a la muerte... La letra «X», su obsesión La D en el nombre, como esa Doris Colman... Pero ¿dónde está ese hermano? ¿Quién es él?

—¿No tiene la respuesta? —Me miró Hawkins con gesto cansado.

—No, no la tengo —me apoyé las sienes en las manos,

nerviosamente—. Pero si los Montagu nacieron y vivieron en San Francisco, antes de venir aquí, mi hermano Waldo tiene que encontrar los medios de identificarlos. Hallará certificados, acaso fotografías... Tengo que telefonar otra vez a mi hermano Waldo...

—Oh, sí, su hermano Waldo, señor Milland —asintió lentamente Hawkins—. Le he oído llamarle a veces, desde aquí. ¿Hablabas con él?

—Claro —le miré, extrañado de su torpeza—. ¿Con quién, si no? Siempre me ayuda, siempre me envía los datos que le pido, me pregunta por mis cosas... Es un gran tipo mi hermano Waldo. Le quiero mucho, Hawkins... Por cierto, he llamado dos veces y no contesta. No sé dónde se habrá metido...

—¿No... no contesta? —Me estudiaba de un modo raro mi compañero Hawkins.

—Pues no —me encogí de hombros—. En fin, ya responderá en otra ocasión...

—No, señor Milland —negó lentamente Hawkins—. Su hermano de San Francisco, ya *nunca* responderá a sus llamadas. Al menos, usted no le oirá.

—Pero..., ¿qué está diciendo? —Le miré, preguntándome si estaría loco.

—Lo que he dicho. Su hermano Waldo no contestará ya nunca. Usted..., usted va entendiendo..., se va recuperando..., vuelve a la realidad, señor.

—¿Recuperando? ¿Entendiendo? ¿La realidad? —repetí, perplejo—. ¿Qué significa eso, Hawkins?

—Eso: la verdad, la realidad desnuda, señor Milland I Su hermano Waldo... *está muerto*.

—¡Cielos, Hawkins! ¿Qué dice? —grité, estupefacto.

—Ha estado muerto siempre que usted le llamaba. *Su* voz, sólo usted la oía. O *creía* oírla —me dijo tristemente Hawkins—. Pero el teléfono estaba mudo. Al otro lado del hilo, no se oía voz alguna.

—¿Se ha vuelto loco?

—No, señor. Usted estaba sumergido en esa locura. Va saliendo de ella. Cuando comprenda de una vez por todas, que su hermano ELMÉR WALDO MONTAGU murió aquel día, al arrojarle a la calle..., comprenderá la verdad. Toda la verdad. Su verdad..., ¡SEÑOR EDWARD J. MONTAGU...!

Y me estaba mirando *a mí* al decir eso.

En la puerta, una voz suave sonó tibiamente:

—Gracias, Hawkins, por todo. Lo siento, señor Montagu. Tenía que ser así...

Miré, alucinado, a la vidriera.

El que hablaba era el doctor Max Vincent, psiquiatra. Con él estaban Roger Cameron y Lizza. Me miraban los dos. Triste, dolorosa, patéticamente...

Yo, Jeff Milland. Yo he sido siempre Edward J. Montagu.

Conservé de mi nombre verdadero esa J. y esa M. del apellido... Jeff Milland. La nueva personalidad del hermano de Elmer Waldo Montagu, acusado injustamente, de asesinato.

Yo.

Yo... soy «X».

Ahora lo veo todo tan claro, tan nítido.

Las nieblas de mi mente han desaparecido. La esquizofrenia se ha curado con el *shock*, y sé quién soy realmente. Y quién he sido. Dos hombres en uno. Dos personalidades en una.

Todo empezó con la muerte de mi hermano Waldo. No volví a San Francisco. Seguí en Nueva York, abandoné el *Suceso*. Entonces me contrató Payne para su periódico. Di un nombre falso. El primero que se me ocurrió: Jeffrey Milland, periodista. De San Francisco. Como mi hermano Waldo en California.

Waldo...

Le había querido y admirado mucho. Hice un ídolo de él. Cuando le perdí, mi dolencia infantil hizo crisis. Primero quise matarme como él. Arrojándome a la calle.

Luego, en un automóvil. Fue el accidente del verano. Salí con vida de él, pero mi cerebro iba sufriendo más y más daño. El monstruo que todos llevamos dentro, como dijo alguien, acabó por surgir y devorarme.

Había momentos en que yo era un ser normal. Olvidaba «mi otro yo». Quería olvidarlo, y mi mente borraba su recuerdo totalmente. Quedaban cosas sueltas, indicios que yo no podía entender.

Yo sabía que Dianna Payne era de San Francisco. Pero eso tenía que preguntarlo, y lo pregunté. Mi sub consciente lo sabía, pero yo

no tenía noción de ello. Nunca oí la voz de Waldo, Hawkins tuvo razón. Sólo era un monólogo demencial. Pero para mí, él existía al otro lado del hilo...

Ahora sé que el asesino, «X», es decir, yo mismo, llevaba siempre un impermeable negro. Yo mismo lo ocultaba, con el arma del crimen, allí donde sólo yo, siendo «X», podía hallarlo. Sin embargo, Valentine me describió. A MI, y yo le oí decir «impermeable oscuro», pero detallé más, y dije que era «negro», porque también sabía subconscientemente que *era* negro.

Así, pequeñas cosas, detalles. Mis espacios en blanco eran momentos en que mataba, convertido en un feroz asesino que odiaba a las mujeres... A las mujeres rubias, con inicial D y pelo rubio... De vida ligera, con excepción de la enfermera Lang...

La enfermera Lang.

Eso fue distinto. Ahora lo recuerdo claramente. Ella tenía mi tarjeta. Pero ella había intuido, había creído reconocermme. Trató de obtener dinero, chantajearme. Hurtó mi ficha electrónica de la clínica, me telefoneó. Vino a verme. Salí con ella de mi apartamento. La maté. Llovía, como siempre. Como llovía el día que Waldo se tiró a la calle.

No me gustaban los psiquiatras, recuerdo haberlo mencionado. Tenía mis motivos oscuros e insondables para ello, pero ¿qué podía saber yo?

Estoy enfermo. Muy enfermo. O lo estuve. Ahora empiezo a curarme Veo las cosas tal como son. No soy Milland, Sino Montagu. Soy un hombre llamado «X».

Roger Cameron sospechó de mí la noche del Village. Ya sospechaba antes. Me hizo vigilar. Habló con el psiquiatra, con el doctor Vincent. Hawkins les había confesado ya su verdad. Le pusieren ante mí para provocar el *shock*.

Y lo lograron...

Ahora siento dolor. Mucho dolor. Por todas mis víctimas Especialmente por una chica llamada Dyan. Pobre muchacha...

Confió en mí. Vino a mí. Yo me creía perseguido ¡Que estupidez! Era yo mismo. Intuía la presencia de «algo» «alguien» muy cerca. Tan cerca, que estaba DENTRO de mí mismo.

Es que empezaba a curarme. Eso es lo que dice el doctor Vincent. En aquel momento, al ver a Dyan bajo la lluvia, para mí

solo existió su pelo rubio, su nombre con la letra D por inicial... Y la lluvia, claro.

Ya no fui yo. Pero la transición, el cambio de Milland a Montagu, fue esta vez más nítido. Mi esquizofrenia se iba debilitando, delimitaba ya los perfiles de una y otra personalidad. Hubiera acabado por despertarme, viéndome con el arma en la mano, degollando a cualquier mujer rubia...

No llegué a eso. Dyan fue la última. Pobre Dyan...

¡Cómo debió sufrir al verme convertido de repente en un monstruo asesino! No hubo golpe alguno. Sólo mental. Luego, sí. Tras el asesinato, debí caer, golpearme en el muro. Simplemente eso.

Y al levantarme, volvía a ser Milland, el hombre que quería olvidar a Montagu, a su otra personalidad, la real.

Todo eso ha terminado ya. Sé quién soy. Sé lo que hice.

Y sé lo que me espera...

* * *

—Adiós, Jeff...

—Adiós, Lizza. Yo..., yo no soy Jeff. Jeff Milland nunca existió...

—Para mí, siempre serás Jeff —repitió ella dulcemente, mirándome con sus grandes ojos profundos.

—Gracias —suspiré. Tomé su mano—. ¿No sientes..., horror por mí?

—No, Jeff. Nada de eso. Sólo tristeza. Y comprensión. No era culpa tuya.

—Y ahora..., ¿qué va a ocurrir ahora, Roger? —Me volví a Cameron con aire pensativo.

—Nada. Te tratarán debidamente. Tal vez pronto, te reintegres a la sociedad, convertido en un ser normal. Curado del todo. Olvidado todo lo que traumatizó tu vida.

—Sabes que eso no sucederá. Es para siempre. Cruzaré esas puertas del hospital psiquiátrico una sola vez. Nunca más saldré de ahí con vida, lo presiento.

—Jeff, has de tener fe —murmuró Lizza cálidamente.

—Sí, supongo que sí —suspiré—. Roger, cuida mucho de ella... de Lizza.

—Claro —tomó en sus manos las de ella Se sonrieron—. La cuidaré. Te lo prometo.

—Eso está bien —sonreí—. Ahora, adiós amigos míos.

—No, adiós no, Jeff —repitió Lizza—. Hasta pronto.

—Hasta pronto..., amigos —dije sin convicción.

Agité mi brazo. Los enfermeros me rodearon. Pero no hacía falta. Yo no iba a oponer ninguna resistencia. Ya no. Ni escaparía nunca más de allí. Nadie escapa a sí mismo. Las rejas y los muros estaban en mi propia mente.

Entré en el hospital psiquiátrico del Estado. La puerta se cerró a mi espalda, como la de una prisión, la peor de todas.

Lizza y Roger quedaron fuera. Fuera de aquellos recuerdos. Fuera de mi vida. Pero no fuera de mis recuerdos. No, eso no. Nadie logrará quitarme su evocación, su imagen.

Sobre todo, la de Lizza.

Espero que sea feliz. Sé que Roger logrará hacerla feliz. Es un gran chico. El mejor de todos.

Aquí, ahora, empieza una nueva vida. Un camino hacia la muerte. Hacia el fin.

* * *

Dicen que estoy mejor. Incluso me dejan escribir.

Tengo papel, máquina... Escribo. Y escribo...

Gracias a ello, me ha sido posible pergeñar estos folios. Se los enviaré seguramente a Roger y a Lizza. Total, yo tengo ya toda mi propia historia dentro de mi mente. No necesito más. Nada más.

Añora, ya no necesito ni siquiera saber ninguna otra cosa.

Sé quién era «X». Y eso me basta. En cierto modo, triunfé.

Al menos, triunfó un hombre llamado Jeff Milland. Alguien que, en realidad, nunca existió.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: *No dispare contra mí* (José María Nunes, 1961); *Nuestro agente en Casablanca* (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.